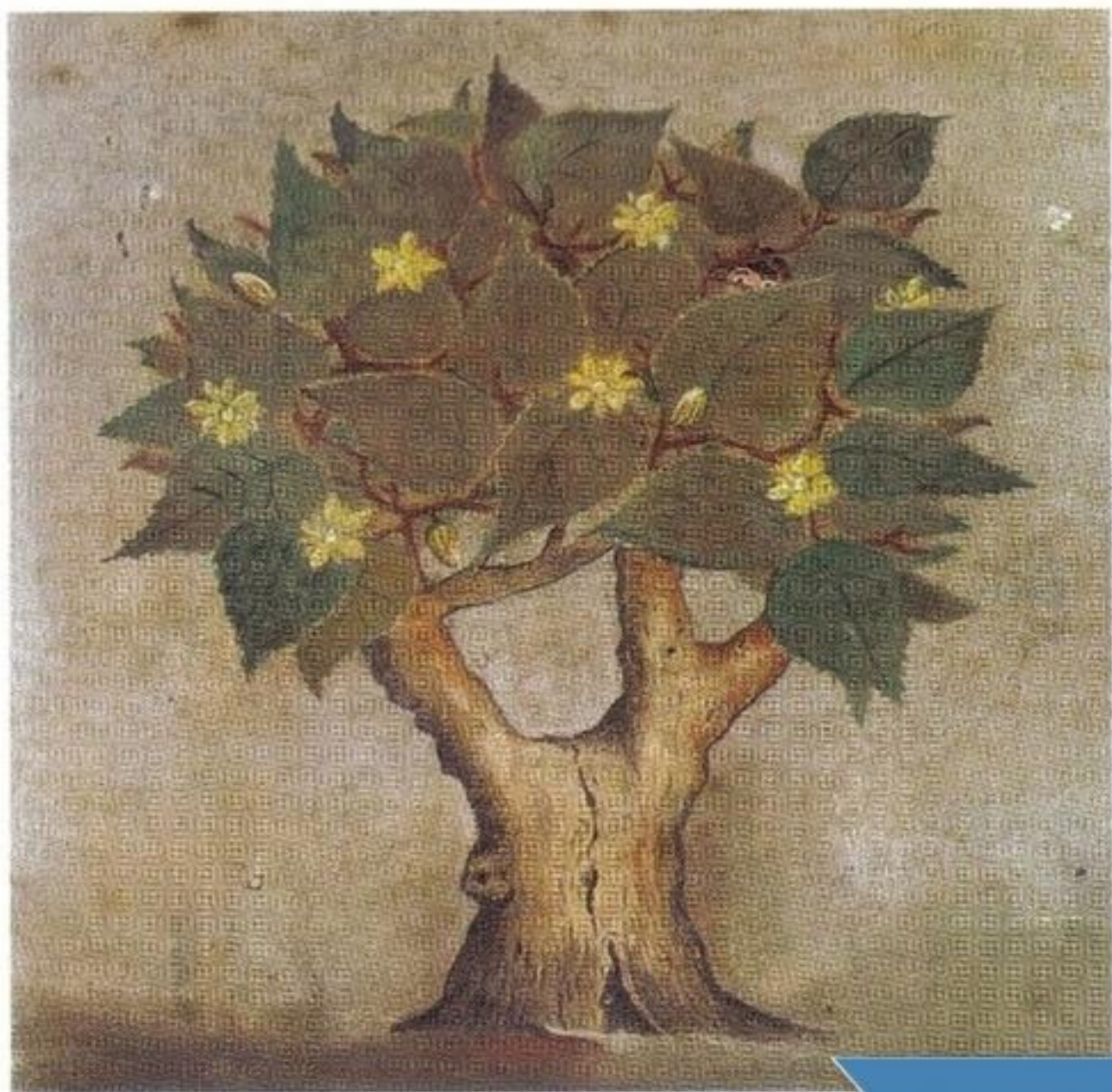


se

César Aira

El Tilo



Lectulandia

¿Acaso no podemos pasarnos la vida tratando de entender la frase que dijo nuestro padre, allá en los tiempos remotos, la única vez que rompió el silencio? ¿Por ejemplo, la vida al revés? ¿O dándole vueltas, entre las mareas de ficción y realidad, a eso que partió nuestra infancia en dos? Algo de esto nos comunica esta crónica del niño peronista bajo los efectos del Tilo Monstruo en la plaza de Pringles: el recuerdo, o la invención, que es lo mismo, de aquellos episodios en los que, entre las brumas de la primera infancia, la alternancia de estilos y leyendas —los familiares, y también los históricos— moldeó, tal vez para siempre, nuestra imaginación y el nervio óptico con que el que miramos y nos figuramos el mundo.

Lectulandia

César Aira

El tilo

ePub r1.0

Titivillus 11.11.16

César Aira, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El tilo es un árbol chico, elegante, de tronco delgado, que parece siempre joven. En la plaza de Pringles, además de diez mil tilos de éstos, normales, había uno que por un extraño capricho de la Naturaleza se había vuelto enorme, venerable, el tronco retorcido, la copa impenetrable; veinte de los otros tilos fundidos en uno no habrían hecho éste. Yo le había puesto de nombre El Tilo Monstruo. Lo miraba con cierto pavor, o por lo menos respeto, pero también con cariño, porque, como todos los árboles, era inofensivo. Nadie había visto un tilo de ese tamaño en otra parte, y los pringlenses lo teníamos por un monumento a la singularidad del pueblo. Era una aberración, pero grandiosa, con la majestad exótica de lo único e irrepetible.

Mi papá, víctima consuetudinaria del insomnio, iba a la plaza con una bolsa, a principios del verano, a recoger florcitas de tilo que después secaba y usaba para hacer un té que tomaba por la noche después de la cena. Todo el mundo está de acuerdo en las virtudes sedantes del tilo, pero no sé si residirán en las flores, que se dan en unos pequeños ramos y son de un amarillo que apenas si difiere del verde de las hojas. Creo recordar que esas flores se cierran enseguida en un fruto, que es como una cápsula de forma gótica. O, al revés, esa cápsula es lo primero y después se abre en una flor... No sé si me engaña la memoria... Sería fácil sacarme la duda, porque los tilos siguen siendo lo que eran, y donde vivo, aquí en Flores, hay muchos donde podría ir a fijarme; no lo hago porque no hay nadie con menos espíritu científico que yo; pero no tiene importancia. No recuerdo si mi padre usaba las flores o las hojas o las capsulitas; lo más probable es que lo hiciera a su modo, como lo hacía todo. Quizás había encontrado el modo de aprovechar al máximo las reconocidas virtudes sedantes del tilo, y en ese caso tengo motivos para lamentar mi distracción y mi mala memoria, porque la receta, el procedimiento, sea cual fuera, se perdió con él.

También es posible que el proceso natural de floración y fructificación del tilo se hubiera alterado en ese espécimen único de la plaza de Pringles, el Tilo Monstruo. Era de él del que mi padre hacía su cosecha, y la consideraba providencial. Ninguna otra sustancia en el universo, ni los somníferos que usan los suicidas, habría logrado adormecerlo como su té de tilo, según él. Si esa propiedad residía en la alteración genética del tilo Monstruo, entonces mis esfuerzos de memoria no tienen objeto, porque la receta no podría reconstruirse de ninguna manera.

Ahora que lo escribo, me doy cuenta de que yo también he pasado todos estos años poniendo una fe absoluta en la eficacia del brebaje. Esa fe no se basa en nada seguro; podía actuar sobre el organismo de mi padre al modo de un placebo, a partir de su propia fe (que heredé), o inclusive no actuar en absoluto. No hay nada más controvertido que la acción de los psicotrópicos, naturales o sintetizados.

No podría confirmar las virtudes especialmente sedantes del Tilo Monstruo porque ese árbol ya no existe; fue echado abajo en un acto irracional de odio político, el acto final de la leyenda pringlense del Niño Peronista —que se había refugiado en su copa una noche, y una banda de fanáticos furiosos que lo perseguía atacó el tronco a hachazos...—. Ese niño, de mi edad, de mi época, con el que puedo identificarme

plenamente, se había vuelto un símbolo por razones familiares. «El niño peronista»: ¿a quién se le puede ocurrir? Los niños no tienen identificación política, no son de izquierda ni de derecha; éste debía de ser ignorante de lo que encarnaba. Pero el símbolo, como un virus fatídico, lo había infectado. Por otro lado, la infancia puede serlo todo, como reflejo o analogía. Y además, la idea, alentada por el mismo Perón, era la de una evolución de la que resultaban necesariamente niños peronistas; había una biología del peronismo.

Lo más extraño fue que esa banda era un comando de la Resistencia peronista, encabezado por el colchonero Ciancio. Una compleja serie de malentendidos los había llevado a confundir el «signo» (el positivo y el negativo) de la simbolización que transportaba el niño. Lo que indica la complejidad de nuestras querellas políticas, que una simplificación posterior ha querido pintar en blanco y negro.

Esa cruel medianoche, el sonido de los hachazos se repetía como un tam tam de terror... Dije que yo era contemporáneo, y nada lo prueba más que lo siguiente: el único libro que tuve en mi infancia, o el único que recuerdo, era el libro de Sambo, un precioso librito no guillotinado en ángulos rectos como todos los libros sino con el perfil de un árbol (¡cuánto daría por tenerlo ahora!); el Niño Peronista también debía de tenerlo, o haberlo visto, porque era muy popular entonces, no sé por qué: Sambo, el niño negro, se refugiaba de los tigres en la copa de un árbol, los tigres empezaban a dar vueltas allá abajo hasta que se fundían en una crema, según recuerdo. Pero el Niño Peronista estaba haciendo realidad la fábula, que seguía siendo a su modo, en el símbolo, una fábula de animales. ¿Acaso a los antiperonistas no los llamaban «gorilas»? ¿Y los gorilas no anidan en los árboles?

Los hachazos, y la cúpula de la medianoche encima de la Plaza, en cuyas eclípticas tenebrosas se realizaba un viaje interplanetario a todos los horrores sin nombre de la vida; a todas las figuras que alguna vez serían el arte. A otros mundos, mundos al revés, donde peronistas y antiperonistas intercambiaban posiciones.

Ese tam tam del hacha, en la oscuridad, he seguido oyéndolo todo el resto de mi vida, cada vez que pongo la oreja contra la almohada; no lo oí en la realidad, pero lo oí en los relatos del episodio que me hacía mi madre. No importa que ahora sepa que son los latidos de la sangre; ellos también pueden simbolizar esa amenaza... Tengo que cambiar de posición, ponerme boca arriba, lo que me resulta incómodo y no me permite dormir. De ahí viene el hábito cruel de no poder dormir, que lleva a pensar que no se puede vivir más.

Envueltos en el prestigio de la leyenda, adornados, deformados, esos hechos pasaron en la realidad. Es increíble que pasaran, parecen inventados, y sin embargo pasaron, y yo estuve ahí, si no en la copa del árbol sí en esos días, en ese pueblo, en ese mundo que hoy está tan lejos. Toda mi vida se tiñó de ese color irreal de fábula; nunca más pude hacer pie en la realidad.

Los libros, el arte, los viajes, el amor, las remanidas maravillas del universo, han sido una multicolor derivación de esa leyenda: todo lo que estaba en el mar oscuro

encima del árbol. En ellos he sublimado la falta de una vida real... y hasta me he considerado un privilegiado. Pero la desaparición de aquel gran árbol terapéutico, en el sistema simbólico, tuvo sus efectos. Heredé una disposición nerviosa que me atormenta; en el centro de mi ser resuena una vibración que al llegar a la piel (y llega siempre, porque está ahí, siempre, cada minuto) me causa una inquietud más grande que el pensamiento... Me impide seguir viviendo, esa ansiedad... Pienso en la muerte, yo que nunca debería pensar en ella. Era inevitable que buscara remedio en el alcohol, en las drogas, sobre todo el alcohol, rompiendo sobre mí como un oleaje de desesperación... Levantarme de la cama a la madrugada, incapaz de resistir un instante más esa inquietud, y pasearme por la casa oscura hasta comprobar una vez más, como todas las noches, que no hay ningún lugar. La muerte no es una solución porque mi cadáver también va a levantarse... ¿Qué puedo hacer? Es involuntario, me domina...

Algo debía de haber en las esencias del tilo, para que mi padre se aferrara a su auxilio todas las noches, durante tantos años. Y era muy evidente que lo necesitaba, porque no hubo hombre más nervioso que él. «Cables pelados», lo llamaba mi madre a sus espaldas, o «Lechervida», haciendo referencia a un personaje dibujado de una revista humorística. Porque además de nervioso era irascible en grado sumo, siempre al borde del estallido, un polvorín. Una palabra le bastaba, un gesto, y ya estaba gritando como un loco furioso. Se necesitaba mucho menos que eso para que perdiera el control; sutilizaba las causas hasta la magia; el aleteo de una mariposa en el Japón le provocaba un ataque, en Pringles. Vivía en tensión, en carne viva, los ojos en llamas, los labios trémulos, las venas del cuello salidas hasta casi desprenderse, el cabello erizado, los miembros en perpetuo movimiento y el torso siempre volviéndose hacia un lado y otro como si adentro hubiera un animal al acecho de enemigos. Los enemigos de mi padre eran imaginarios, o habría que decir que su enemigo era el mundo; o, recurriendo al lugar común, que su peor enemigo era él mismo.

En lo anterior se han colado, no sé si contra mi voluntad o a favor de ella, un par de metáforas provenientes de una rama de la física práctica: la electricidad. Son justas no sólo por mis dones de evocación ni por mi habilidad literaria, que es defectuosa, sino por un hecho coincidente: mi padre era electricista de profesión. A veces pasan cosas así: un hombre «eléctrico» es electricista. Pasan sobre todo en los pueblos, donde todo el mundo se conoce y estos «chistes reales» se vuelven objeto de comentarios y forman una especie de saber tradicional que se transmite de generación en generación. En algún momento me sentí orgulloso de tener un padre famoso; creo que fue la única vez que le encontré alguna ventaja a esos malditos nervios que hacían tan sobresaltada la vida cotidiana. Después, tuve tiempo de desdecirme, y llegué a detestar esas famas pueblerinas, cuando les descubrí la fea cualidad que tenían, de dar pie para que a su objeto se le adjudicaran otras famas, y otras más, en una proliferación que no tenía más fin que la desocupación y la malevolencia de los

murmuradores. Es un mecanismo bien conocido y no limitado a los pueblos chicos: la fama atrae a la fama, y como a ésta hay que alimentarla con nuevos materiales, la invención se hace inevitable.

Pero mi padre tenía cierto derecho a la notoriedad, antes que por esa coincidencia eléctrico-electricista. Esto es histórico, y debo poner algunas fechas para hacerme entender mejor. Yo nací en 1949, en el clímax del régimen peronista. Mis padres no eran muy jóvenes cuando yo nací, es decir que no fui uno de esos hijos automáticos del proletariado, que nacen por imposición biológica no bien sus padres dejan la infancia. En mi caso hubo planificación familiar, como lo prueba el hecho de que fui hijo único. Lo fui como todos mis amigos del barrio; éramos esa generación, precisamente, la inducida por las leyes sociales del peronismo, que le metió en la cabeza al proletariado la idea de ascender a clase media; el primer paso de ese proyecto era reproducirse sólo dentro de la medida de sus posibilidades. Este racionalismo tenía una restricción, no obstante, y era que todos querían un varón; de modo que si su primer hijo hubiera sido una niña, habrían hecho el sacrificio de probar otra vez. Lo digo en condicional porque en los hechos no se dio: todos tuvieron un varón de entrada, y se quedaron ahí. El peronismo tuvo algo mágico, algo de consumación de los deseos. En este caso pudo influir una predisposición psíquica; dicen que pasa lo mismo cuando hay guerra; y quizás ya entonces, en la eternidad peronista, los estratos profundos de la mente popular adivinaban las guerras por venir.

Cuando digo que «todos tuvieron un varón...» exagero, por supuesto. Era lo que yo veía a mi alrededor, pero mi experiencia era muy limitada. Con el tiempo, empecé a ver que también había niñas, que en el aturdimiento de la primera infancia, en la elección ansiosa de amigos, en los juegos y correrías del aprendizaje de la vida, me habían pasado desapercibidas. Después, se hicieron tanto más notables por un hecho curioso: no había hijas únicas, ni con hermanos varones; eran siempre tres, tres hermanitas muy seguidas. Eso se debía a que la pareja que había tenido como primogénito una niña, había probado por segunda vez, y al tener una segunda niña habían vuelto a jugarse... En la tercera paraban, porque habría sido una locura... Así quedó constituida la curiosa demografía de los barrios pobres de Pringles: una gran mayoría de familias con un hijo único, varón, y aquí y allá algunas con tres hijas mujeres. No hubo casos mezclados. El peronismo era una magia, pero una magia implacable. O quizás haya actuado alguna salvaguarda misteriosa de la Naturaleza, que intervenía en la Historia para proteger a la especie.

Mi padre fue peronista acérrimo, supongo que de la primera hora, fundacional. Y como a tantos argentinos humildes, le rindió; a él, no sólo por la legislación laboral, los beneficios sociales y el optimismo ascendente que ganó a la sociedad en general, sino en términos individuales, pues su lealtad fue recompensada con un lucrativo empleo municipal. Durante los diez años del régimen tuvo a su cargo el alumbrado de las calles y edificios públicos, y sus respectivas instalaciones eléctricas. Puesto de la mayor responsabilidad, como es fácil de suponer, y hasta bastante asombroso que lo

haya ejercido un solo hombre, aun cuando Pringles era (y sigue siendo) un pueblo chico. Debo aclarar que no era responsable del suministro de energía eléctrica a la comunidad; de eso se ocupaba la Usina, también llamada (no sé por qué) Cooperativa Eléctrica. Tal como puedo reconstruir la situación ahora, supongo que aparte de cambiar alguna bombita o tubo fluorescente, o reparar un cortocircuito, en el Palacio o el Correo o la Biblioteca, el grueso de su trabajo estaba en el alumbrado de las calles. El pueblo tenía unas quince cuadras de lado, y había un foco colgado exactamente en el centro de cada bocacalle; a eso se agregaba el largo *boulevard* que iba a la estación, y el camino al cementerio. Y la plaza, por supuesto. No era poco, para un hombre solo, sin asistentes. Yo era muy chico en el 55, cuando cesó en estas funciones, para recordar cómo se organizaba, pero podría apostar a que se las arreglaba perfectamente y le sobraba tiempo. Antes la vida era más simple y las instalaciones eléctricas eran simplísimas, de manual, transparentes en sus causas y efectos.

El más antiguo recuerdo que tengo de mi padre es montado en la bicicleta que usaba para movilizarse a lo largo y ancho del pueblo, hasta sus más remotos confines, con una larguísima escalera enganchada al hombro. La escalera era lo más notable, y no creo que la escena me hubiera quedado grabada en la memoria si no hubiera estado presente. Era una escalera de madera, de cuatro metros de largo por lo menos (no quiero exagerar), y llevar equilibrado semejante armatoste, andando en bicicleta, debía de requerir cierto arte, o por lo menos un hábito asiduo. Si alguna vez se cayó, o tuvo un accidente de tránsito, no lo comentó en casa.

En realidad, todo esto lo supe más tarde, después de la caída del peronismo y de la recaída de mi familia junto con tantas otras en la fatalidad de su destino. Lo supe casi adivinándolo, a partir de esos recuerdos dudosos de la primera infancia, que nunca se sabe si son recuerdos o son invenciones. Porque en casa nunca se volvió a hablar del pasado. La Revolución Libertadora bajó un telón infranqueable, tejido con las hebras del sueño vergonzante de haber querido ser clase media, sueño que a partir del despertar se revelaba tan impúdico como una fantasía sexual. Además, habría sido incómodo hablar de ese pasado porque la palabra «Perón» había sido prohibida por decreto, y la prohibición fue respetada hasta en la intimidad de los hogares. Mis padres no la pronunciaron nunca. Nadie la pronunció, y yo me pregunto cómo supe que esa palabra existía. Evidentemente la había oído mucho durante mis primeros seis años de vida, y después su anulación (yo tampoco la pronuncié, ni siquiera en el pensamiento) la puso en un lugar especial. Tan completa fue esta anulación que recuerdo perfectamente la primera vez que la oí, muchos años después, cuando ya estaba terminando la primaria: una chica, una compañera de la escuela, dijo «Perón»... Sentí como si se abriera un abismo, en el que se precipitaba toda mi vida. Es inexplicable, aunque debe de tener alguna explicación. Por supuesto que sin esa palabra se podía seguir hablando; su ausencia no impedía la comunicación en la vida cotidiana, porque no era el nombre de ninguna cosa que necesitáramos mencionar;

era un nombre propio, perteneciente a una sola cosa en el universo.

Esta anulación, si bien se dio en todos los hogares del país, en mi familia tenía un antecedente que la hacía más lógica, o si se quiere más fatal. Esto fue anterior a la Revolución Libertadora, de modo que se me pierde más aun en las brumas de la primera infancia. Cuando empecé a enterarme, mucho después, fue una completa novedad para mí, y no encontré ningún recuerdo confirmatorio. Sucedió que mi padre en su juventud había sido católico militante; más que eso: fanático. Hombre de iglesia, de comunión diaria, creyente devoto, soldado de las huestes de María... Pero después de los hechos de 1954, cuando la ruptura de Perón con los curas, no volvió a pisar una iglesia nunca más en todo el resto de su vida. Puede parecer raro, pero en el conflicto de lealtades entre cristianismo y peronismo, ganó el segundo. Si en Pringles hubiera habido quema de iglesias como en Buenos Aires, él habría ido con la antorcha. Nueve personas de cada diez lo censurarán como una hipocresía retrospectiva, pero yo creo entenderlo, en la medida en que puede entenderse algo tan radicalmente extraño. Hay que tener en cuenta que en la Argentina, a diferencia de otros países americanos, el catolicismo nunca tuvo arraigo popular. Fue siempre una prerrogativa de la gente decente, y hasta diría de los estratos más altos de la sociedad; la clase media, agnóstica, acudía a los ritos sólo por respeto al patriciado, o por snobismo, y para diferenciarse de la masa oscura, definitivamente atea. De modo que mi padre, en su devoción, había sido una completa rareza, y no podía sino ser sincero. Pero antes era peronista; teniendo que elegir, eligió ser peronista. Y que haya elegido, en lugar de buscar un compromiso o mirar para otro lado, es una prueba fehaciente de su sinceridad.

Si cuento cómo me enteré, quizás pueda dar una idea más justa. Fue, como dije, muchos años después, yo debía ser ya un adolescente; un día quiso el azar que escuchara una conversación de dos señoras del barrio que estaban sentadas en un camión estacionado. Esto último puede parecer raro, pero el nuestro era un barrio de camioneros, que dejaban sus vehículos estacionados en la calle frente a sus casas, y era muy común que las mujeres se instalaran en las cabinas por la tardes, a tejer y charlar. Era una costumbre como cualquier otra. Aprovechaban ese cálido observatorio alto y vidriado, mientras sus esposos o hijos camioneros dormían para compensar las vigias de las travesías nocturnas. Yo estaba trepado a la caja del camión, pasatiempo frecuente en mí, y de ahí las oí. Las oía como quien oye llover, tratando de no hacer ruidos que me delataran en mis juegos solitarios, que eran fantasías de viajes o guerras. Sólo prestaba una atención marginal por si advertían que había un intruso en el camión. Pero de pronto salió el nombre de mi padre, y paré la oreja. «¡Qué negro inmundo!» le decía una a la otra. «Una vez lo vi, en la capilla de la Inmaculada... Porque iba a todas, se la pasaba en las iglesias... Yo estaba al fondo, y lo veía de espaldas, arrodillado delante de un santo, rezaba y rezaba, con la cabeza gacha, después prendía una vela, volvía a rezar, se golpeaba el pecho, iba a otro santo, lo mismo, le besaba el pie, después a una Virgen, a otra, les besaba la orla

del manto, se volvía a arrodillar, tocaba el piso con la frente... Yo decía ¿Pero quién será éste? ¿De dónde salió? Hasta que se dio vuelta y le vi la cara... ¡Era él! ¡Qué degenerado!». La otra comentaba: «Esos son los peores». Y la primera, recordando un detalle más: «Ah, y cada vez que cruzaba el pasillo, se persignaba, pero no con la Señal de la Cruz simple sino con la completa, una crucecita en la frente...» «Sí, ya sé cuál», decía la otra con asco, no por la Señal sino por la infatuación fanática y detallista de mi padre. «El chupacirios...»

Me lo imagino, en esa capilla vacía y oscura, creyéndose solo, sin testigos, en un paroxismo de fe. Y a la vez no me lo imagino. Quiero decir: puedo verlo, como una figura recortada, como un muñeco a cuerda ejecutando su danza litúrgica, pero jamás podría imaginarme qué pasaba por su cabeza en esos momentos, qué les pedía a los santos y las Vírgenes, por qué era tan importante para él... Aunque debería poder hacerme una idea, ahora. Los comentarios desvalorizadores de las señoras del camión no me interesaban tanto como la escena que había evocado una de ellas. Estaba acostumbrado a la malevolencia, que era casi un modo de ser. Mi madre no se quedaba atrás... Creí poder traducirlos en términos políticos. «Esos son los peores» quería decir «los peronistas». Lo que criticaban era que un pobre electricista, encima «acomodado», se tomara esas atribuciones de místico. Que después los peronistas hubieran quemado las iglesias, a esas señoras no debía de parecerles tan mal, al contrario. Pero que antes un peronista hubiera sido un inmundo chupacirios... Me di por satisfecho con esa explicación y no busqué más. No obstante, algo me quedó suelto en la cabeza, algo flotante que no terminaba de encajar: esa beatería, esas gesticulaciones de altar, las velas, las novenas a la Virgencita, tenían algo de ineludiblemente femenino. Y mi padre era muy viril: podía dudarse de todo lo demás, pero no de eso. De modo que quedaba la sombra de una contradicción, que no podía resolverse sino con un término superador que por el momento se me escapaba... Pero debió de quedarme latente en algún lugar del cerebro, preparándome para futuras revelaciones.

«Esos son los peores...» La breve frase lo decía todo, y es como si de sólo oírlo aquella tarde yo lo hubiera entendido todo. El proceso de mi vida y mi maduración intelectual prosiguió, y me sería imposible decir en qué momento preciso incorporé algún conocimiento concreto, pero esa imposibilidad no deriva tanto de lo difícil que es reconstruir la historia en sus detalles, como de la naturaleza del conocimiento. ¿En qué momento aprendemos que dos más dos es cuatro? Aunque pudiéramos ubicar la primera vez que alguien nos lo dijo, o la primera vez que hicimos la cuenta con los dedos, eso no pondría una fecha. Porque desde mucho antes, desde el comienzo de la vida, habíamos estado viendo dos cosas y otras dos, o una cosa y otra cosa, o dos y una, o tres y una, o una y una y una, o cualquier otra combinación que aunque diera un resultado diferente significaba el mismo mecanismo. La proposición «dos más dos, igual cuatro», cuando es formulada en la conciencia, no hace más que reunir en un nudo mnemotécnico todas las instancias atómicas que la prepararon.

«Esos son los peores» significa adulterio. En boca de dos señoras que tejen en un camión estacionado, no significa otra cosa. Lo supe después, pero lo supe siempre. No creo que ni siquiera entonces haya sido una revelación para mí. Aun sin haber oído nunca la palabra «adulterio» o la palabra «bigamia», debía de conocer la cosa; las palabras en realidad son accesorias; son fórmulas para recordar las cosas, para manipularlas en combinaciones que nos dan una ilusión de poder; pero las cosas están antes, y son intratables.

En fin, la historia, o más bien la leyenda (porque nunca se comprobó) era que mi padre tenía otra mujer, al otro lado del pueblo; más que otra mujer: otra familia, con hijos, una casa... Dentro de lo desagradable que me resulta el tema, debo reconocer una circunstancia feliz, y es que en los pueblos cada historia está envuelta en una constelación de causas y verosimilizaciones, lo que las hace tan distintas de las historias abruptas y a menudo inexplicables de la gran ciudad. Pero de esa constelación no puedo dar aquí más que un esquema somero.

Por lo pronto, debo señalar dos signos de mi padre, uno positivo y otro negativo según la perspectiva del pueblo. El negativo: era de piel y cabello oscuro, un «negro» según se decía entonces; probablemente tenía algo de indio, aunque como los indios en la Argentina siempre se han visto como algo demasiado lejano y extinto, ese color se adjudica más bien a la pobreza y la condición servil, a la ignorancia, a los ranchos. Él nunca jamás habló del medio del que había salido, a tal punto que yo ignoro el nombre de mis abuelos o tíos, y hasta si los tuve. De todos modos, la historia era innecesaria; el aspecto lo decía todo. El dato positivo es que era un hombre sumamente apuesto y bien formado. Aunque muy notable, esta belleza física quedaba por completo anulada por la marca social. Era perfectamente posible que hubiera negros más lindos o más feos, pero eso era como decir que había enanos más altos o más bajos, y seguían siendo enanos.

Ahora bien, esta dualidad podía servir para explicar su matrimonio. Mi madre era blanca, provenía de la clase media decente, y si había condescendido a una alianza con el bloque «negro» era porque su deficiencia física muy marcada le hacía imposible un casamiento en su propio nivel. La alternativa era quedarse soltera, y ella se ocupó, tanto como puedo recordar, de expresar su horror a la condición de «solterona». De hecho, llevó adelante una campaña permanente, una guerra fría individual, contra las solteronas: era como si viera en ellas un crimen contra la humanidad, y ésta era al fin de cuentas la instancia que englobaba a negros y blancos.

Mi padre quedaba en una posición inestable: una familia legítima de ascenso social, con un solo hijo escolarizado y bien vestido, una esposa hija de inmigrantes europeos... pero negro. Lo negro era incorregible, y estaba potenciado por el enigma de su belleza. Aquí debo hacer una aclaración: me parece inconcebible que las señoras en cuyo medio vivíamos pudieran apreciar esa belleza, que quedaba subsumida en la fatalidad social de lo negro; pero al mismo tiempo no podían dejar de verla, siquiera como misterio. En ese otro mundo ajeno donde todos eran negros,

debían de notarse las diferencias, y tener su efecto. Quién sabe cómo se juzgaban los negros «entre ellos». De modo que fue inevitable que le supusieran una válvula de escape, en la forma de otra mujer, de su propio mundo, con la cual tener una cantidad indefinida de hijos (todos los que mandara la Naturaleza) y con la que pudiera mantener un estilo de existencia acorde. (Allá en esa otra casa él no sufría de los nervios, era la serenidad personificada.)

Como ya dije, no sé si esto pertenecía al campo de las construcciones lógicas, o a la realidad. Pero la realidad es una construcción lógica, el modelo de todas las demás; de modo que no hace mucha diferencia. Mi madre debe de haber sufrido mucho. A lo largo de los años, se fue encerrando en el sufrimiento, hasta terminar en un mundo distinto, con leyes propias. Pero ella misma no lo sabía, y como era una mujer muy sociable, muy curiosa, siguió interactuando con los vecinos. Lo que hace más extraña esta situación es que ella no tenía problemas con los nervios, en realidad no tenía problemas con nada; no parecía tener secretos; lo que le pasaba por la mente, lo decía, por hiriente o embarazoso que fuera para los que la oían. Mi padre solía prevenirme: «Tu madre dice cualquier cosa». Y era cierto, aunque yo, en mi inocencia, no lo considerara así.

Es evidente que mi padre tenía una mentalidad estructurada institucionalmente: era católico de la Iglesia, y peronista del Régimen. Fuera de las instituciones, no era ni una cosa ni otra. Nunca lo vi rezar en casa, ni siquiera mirar una estampita. Desde que dejó de ir a la Iglesia dejó de ser católico, quizás dejó de creer. Desde que cayó el peronismo, se olvidó para siempre de la política.

De su época de electricista oficial quedó una especie de fábula, y sólo una. No fueron nostalgias de prosperidad económica, sino algo mucho más poético: el honor extraño, ligeramente mágico, de haber sido el que encendía las luces en las calles del pueblo. Eso lo supe siempre, sin que él me lo dijera. Pero no me privaba de decírselo a mis amiguitos: mi papá había sido, «antes», el que prendía las luces del pueblo, todas, hasta las más remotas, las que no veíamos nunca... «Antes.» No entraba en detalles sobre cuándo había sido. Casi me convenía que hubiera sido en otra época: le añadía misterio. Igual veíamos encenderse los faroles de las esquinas, solos, cuando empezaba a caer la noche, como si una divinidad benévola dijera a la distancia «ya es la hora», pero siempre era una hora distinta porque allá en el sur las diferencias estacionales son amplísimas. Los interruptores debían de estar en el Palacio Municipal, o en la Usina, y me hacía soñar el hecho de que con ellos, a control remoto, se pudiera llegar a toda la extensión del pueblo, con la bendición de la luz.

En aquel entonces, y en Pringles, la electricidad no era algo que se diera por sentado, al menos tanto como hoy. El pueblo vivía del campo, y en el campo se vivía, salvo excepciones, sin electricidad. Quien más, quien menos, todos los vecinos del pueblo venían del campo, y sabían apreciar este milagro en todo lo que valía. Tampoco es que hubiera que irse muy lejos para captar la diferencia: la red eléctrica abarcaba el casco urbano en el sentido más estricto, y no llegaba a las calles de tierra

de los alrededores. La calle donde vivíamos nosotros era la última de ese lado del pueblo; los que vivían a la vuelta de casa no gozaban de ese privilegio de la civilización: ya se ve qué cerca estaba. De hecho, todos teníamos lámparas anteriores a la electricidad, la reina de las cuales era el famoso Petromax o Sol de Noche, y había muchos que las preferían a la luz eléctrica. Se usaban en patios, galpones o piezas anexas a la casa donde no se habían tendido cables. Además, había muchos menos aparatos que ahora. Los llamados «electrodomésticos» eran una rareza. Hasta la heladera era un lujo exótico: nosotros por ejemplo no teníamos, ni tuvimos nunca, y nadie en el barrio la tuvo, que yo sepa. El único beneficio práctico de la electricidad era la luz, y así era como la llamábamos: «la luz».

Después del 55, mi padre siguió ejerciendo su profesión de electricista, en la esfera privada. Debía de tener su clientela, que iba a atender en la bicicleta, ahora sin cargar casi nunca la escalera. Seguramente hubo una transición procelosa, hasta empezar a arreglárselas sin el sueldo. No la sentí; a los seis años, estaría demasiado absorto en mi primer año de escuela, y no creo que me haya faltado nada. De todos modos, deben de haberse felicitado de la prudencia de haber tenido un solo hijo.

Para un niño su padre es un modelo, un espejo, una esperanza. Más que eso, es un hombre tipo, un tipo de humanidad adulta y consumada. Una especie de Adán construido con todos los fragmentos de mundo que el niño va aprendiendo. No puede asombrar que algunas partes no coincidan, y que el conjunto resulte bastante misterioso. Es como una gran adivinanza múltiple cuyas respuestas van apareciendo poco a poco a lo largo de la vida. Yo diría, arriesgándome, que esas respuestas son las instrucciones según las cuales uno vive. Se me dirá: ¿Y los que no tuvieron padre? Creo que ahí puedo responder: Todos lo tienen.

Esto viene a cuento de uno de los enigmas que más me han perseguido: ¿era un buen electricista mi padre? ¿O era uno malo, malísimo? La hipótesis de máxima, que he barajado largamente, es que no supiera nada del oficio, ni los rudimentos. En ese caso toda su existencia tuvo que ser una especie de representación peligrosísima. Puesto delante de un enchufe, de un cable, de una bombita, se preguntaría: ¿qué es esto? Y en el trance de hacer algo con esa incógnita, para justificar su papel, haría cualquier cosa, al azar, a ver qué pasaba... No, es imposible. Me resisto a creerlo, por más que un demonio burlón me tienta en ese sentido con mil seducciones. Nadie puede jugar su destino a una negación tan completa. Además, no podría sostenerse; en tantos años de ejercer el oficio, algo habría tenido que aprender.

Es una fantasía mía, no puede ser otra cosa. La justifica, a medias, el hecho de que a veces para explicarse algo uno tiene que plantearse la posibilidad extrema, y de ahí ir retrocediendo hasta llegar al famoso término medio al que tantas veces se ajusta la realidad. Como todo el mundo, mi padre acertaría unas veces y erraría otras. Pero diversos indicios confluyentes, además de una intención inefable que no falla, me inclina a pensar que lo segundo era más frecuente que lo primero. Los clientes volvían con reclamos, había problemas que devenían en crónicos, a otros se negaba a

atenderlos, o les daba largas. Él siempre parecía muy seguro de sí mismo, se debía de haber hecho una regla en ese sentido, lo que en sí mismo es el indicio más seguro de sus dudas. Pero en realidad lo más seguro, lo que no engaña nunca, es el ciclo amplio, el destino a largo plazo. Y éste muestra que mi padre nunca salió de un nivel de barrio, de pequeños trabajitos para pobres; no progresó, se quedó en las reparaciones y remiendos, jamás hizo instalaciones eléctricas de obras. Su buen momento había estado antes, y por odiosa que sea la suposición gorila de que se acomodó por peronista (no por electricista), algo hay que concederle. Si es así, si era un chapucero improvisado, más heroísmo de su parte; si lo hubiera confesado, cosa inconcebible en él, yo lo habría querido más.

Misterios y secretos del Hada Electricidad. Por arcana, era peligrosa. Se decía que había muerto gente por sus caricias insidiosas. Lo más extraño en ella era su acción a distancia. Las perennes travesías de mi padre en su bicicleta por todo el pueblo eran una especie de alegoría del vuelo invisible de la Electricidad a los rincones más lejanos, a los más íntimos... Pero bien pensado, todo es alegoría. Una cosa significa otra, hasta el hecho de que, por esas vueltas de la vida, yo haya llegado a ser escritor, y esté redactando esta crónica verídica. Siguiendo las instrucciones de la alegoría, que también opera a control remoto, yo también puedo estar ejerciendo un oficio del que no sé nada, manipulando con infinita perplejidad objetos de los que no sé ni entiendo nada, por ejemplo los recuerdos. Pero eso no quita la realidad de los hechos, la realidad de que mi padre fuera electricista y yo sea escritor. Se trata de alegorías reales.

Lo que lo perjudicó a mi padre fue que a partir de entonces empezó a correr la Historia, y él se quedó atrás. Todos recordaban los tiempos felices. ¿Cómo no recordarlos, si era lo único que tenían? Pero mientras recordaban, seguían pasando cosas, y cuando volvían a mirar, todo había cambiado. A partir del 55, la vida se enriqueció, llegaban novedades a Pringles, llegaba, tan postergado, el siglo xx. La ciencia volcaba su cornucopia sobre ese rincón perdido del país, alimentando el snobismo de los bárbaros. Todo parecía una ficción, liviana e inconsecuente como un tema de conversación, pero a la vez, como una magia, se volvía realidad.

Yo absorbía todo. No ponía límites a mi curiosidad, era como si un hechizo de inteligencia hubiera roto los marcos que encauzan la educación de un niño. La modernidad entraba en mí como un torrente salvaje y yo lo mezclaba todo.

Enfrente de casa había un escritorio contable donde yo pasaba las horas muertas; le hacía mandados al contador y a su empleado, que era su sobrino. Como el empleado faltaba mucho, el contador solía dejarme cuidando la oficina cuando él salía. Mi única función era estar ahí, y si venía alguien decir que había salido, y que volvía enseguida. La clientela era de chacareros, a los que el contador «les llevaba los réditos»; en general esta gente, que venía al pueblo de vez en cuando, tenía eternidades de tiempo libre en estas visitas, y se sacaban las ganas de hablar acumuladas en la soledad de las llanuras. Yo escuchaba estas conversaciones

interminables con una avidez sin término. Me parecían cortas, quería más. Después, solo, las reproducía mentalmente y hasta las enriquecía, podía hacer lo interminable de lo interminable.

Ahí me enteraba del curso acelerado que estaban tomando los acontecimientos. La actualidad ardía como un fuego fatuo. La fuente eran unos paisanos ignorantes y mentirosos, pero eso no hacía sino acentuar el costado maravilloso del torbellino de la Historia. Por ejemplo se hablaba de los nuevos híbridos. El trigo daba granos del tamaño de garbanzos; el salto del «rinde» (que era la forma coloquial abreviada de hablar de «rendimiento») era asombroso. Yo seguía la curva de rindes como si fuera parte interesada, en todo el partido, verano tras verano, y calculaba las ganancias de cada chacarero. Un rinde de diez bolsas por hectárea cubría los gastos; uno de setenta bolsas hacía rico al afortunado segador. Y ahora de pronto se hablaba de rindes de setenta bolsas como mínimo absoluto, poco más y un solo grano llenaba una bolsa. Y el peso específico del producto se multiplicaba en forma exponencial. Curiosamente, las bolsas no crecían más allá del límite de «setenta», no sé por qué, pero había que tomar en cuenta otras cifras. Yo hacía los cálculos in pectore, memorizaba los resultados, después consultaba en *La Nueva Provincia* las cotizaciones del cereal en Chicago, multiplicaba el todo, obtenía cifras monstruosas, que me hacían soñar. Un dato intrigante, que deshacía todos estos castillos en el aire, era que esos cereales híbridos no servían para nada. Con ese trigo no se podía hacer harina, no se podía hacer nada. El aumento en tamaño y peso específico se lograba a expensas de su utilidad. ¿Y entonces? Me sentía ante un gigantesco simulacro. Por supuesto, yo debía de entender todo mal. Mi conocimiento derivaba de oír charlas ociosas o mentirosas, y lo que oía no podía ubicarlo en ningún sistema ordenado, los datos caídos al azar de labios de la jactancia o la hipocresía se acumulaban al azar en los anaqueles torcidos de mi fantasía.

Los chacareros siempre mentían; cuando no mentían, exageraban. Mentían sobre sí mismos, exageraban sobre los demás. La electrificación del agro era uno de sus motivos favoritos de exageración. Siempre estaban contando de algún trayecto nocturno rumbo a su chacra iluminada a velas, y la visión allá lejos, en la gran boca del lobo del campo, de alguna estancia que se había electrificado. Lo de Asteinza, lo de Iturrioz, lo de Domínguez... Cada vez era una nueva, un sol deslumbrante en medio de la noche, casas, galpones, parque, hasta corrales... «¡No se puede creer! ¡Qué belleza! ¡Eso es progreso!» De creerles, había hasta guirnaldas de luces en los montes, los eucaliptos se volvían arbolitos de Navidad.

En la oficina había una máquina de escribir. Como yo pasaba muchas horas solo en ese lugar, era inevitable que sintiera la tentación de probarla. Cedí a ella repetidamente. Al principio lo hacía de modo clandestino, después alguna vez el contador me descubrió y no me retó, así que seguí haciéndolo en su presencia. Me pasaba tardes enteras a la máquina. No sé qué escribiría, cualquier cosa. Una vez le hice una pregunta al contador: ¿después de una coma, había que dejar un espacio? Se

quedó pensativo. Se inclinó sobre mi hombro a mirar, vio mi coma, y observó otra cosa:

—¡Ojo! Antes de la y griega no se pone coma, nunca.

No era lo que yo había preguntado, aunque la advertencia era pertinente porque había puesto la coma antes de una «y». Yo detestaba que las cosas se salieran de cauces, ya a esa edad tenía una mente ordenada, me gustaba tenerlo todo claro y bajo control. Esa sucesión de una «y» y una coma era accidental. Traté de hacerle entender que le agradecía la indicación, pero que insistía en mi pregunta original. Asintió, y dijo que no lo tenía claro, nunca había prestado atención a ese detalle. Pero había un modo de averiguarlo. En un estante, entre los biblioratos, tenía los tres tomos de una enciclopedia de contabilidad. Recuerdo bien estos tomos porque fueron los primeros libros que tuve en mis manos; y a pesar de lo mucho que los había manipulado y hasta leído (sin entender nada) yo tampoco me había fijado en ese detalle; era la práctica de la escritura el que lo ponía ante mi conciencia.

Abrió al azar, miró... Era una página cualquiera de un tomo cualquiera (cada uno tenía unas mil páginas); adaptó la mirada a las perspectivas del universo escrito, enfocó al fin...

—Bueno, fijate vos, aquí hay una coma antes de «y»...

Quizás era el único caso en que los redactores de la enciclopedia se habían apartado de la regla, y él había ido a acertarle. (En la frase anterior he puesto una coma antes de una «y», creo que correctamente, lo que probaría que la regla es bastante precaria.)

Hasta ahí recuerdo. Lo demás es previsible; debimos de llegar a la conclusión de que sí había que dejar un espacio después de la coma, lo mismo que después de cualquier otro signo de puntuación.

Una vez me contó mi amigo Osvaldo Lamborghini que él también, de chico, aprendiendo a escribir a máquina, había descubierto ese espacio después de los signos de puntuación. Por lo visto es algo que hay que descubrir; no lo enseñan en la escuela, ni se lo percibe espontáneamente leyendo. En Osvaldo fue algo decisivo. Cuando me lo contaba, décadas después del hecho, se emocionaba, me clavaba la mirada de esos ojos negros orientales que tenía, a través del humo del cigarrillo, asegurándose de que yo entendiera: ese espacio le había parecido algo tan refinado, tan sutil, que lo comprometió para siempre. Le hizo ver que la escritura, además de su función comunicativa, podía ser vehículo de una elegancia, y supo que ése era su destino. Pero él siempre fue muy sensible a esas cosas. Un amigo común decía «lo de Osvaldo no es un estilo: es una puntuación». Fue por eso que a los diez años de su muerte yo escribí una novelita de homenaje justamente sobre la coma.

Me he alejado del tema, pero no tanto. Uno nunca se aleja tanto como para no poder volver. En una ocasión pintaron el vidrio de la gran ventana que cubría todo el frente de esa oficina con una especie de pintura blanca que se usaba entonces para impedir la visión desde afuera, en las vidrieras de los comercios. Me viene a la

cabeza que la sustancia que se usaba era «tiza líquida». Qué raro. No sé por qué se dejó de usar, pero tampoco sé bien para qué se usaba ni por qué se usó en aquella ocasión. Pero tengo bien presente cómo era. Se aplicaba con brocha a la cara interior del vidrio, que quedaba de un blanco perfectamente liso. Y se podía escribir perfectamente con la punta del dedo, de hecho los dueños de esos comercios aprovechaban para escribir algún mensaje a su clientela, por ejemplo «Próxima reapertura» o «Cambio de firma» o cualquier otra información práctica con la que justificaban el placer infantil de escribir en esa superficie tan invitante. Para los chicos era irresistible. De más está decir que yo y los chicos del barrio que iban a visitarme cuando estaba «de guardia», no pudimos resistirnos y cubrimos la vidriera de inscripciones. Pero se daba una circunstancia especial, y era que para que la inscripción se pudiera leer desde afuera, había que escribir al revés, en espejo. El único modo de hacer esto es usar letras de imprenta, pensando cada una antes de trazarla, con una especie de doble visión o adaptación mental improvisada; y aun así, es inevitable que alguna R o S queden al revés. Pero ahí noté, cuando las inscripciones constaban de más de una palabra, la importancia del espacio, que tomaba entidad real, como tantas cosas, cuando se lo consideraba al revés. Después supe que en los orígenes de nuestra escritura, en la antigüedad grecolatina, el espacio entre las palabras no existía. Y ahora que lo pienso, encuentro que esa invención tuvo una importancia quizás fundamental, equivalente a la que tuvo la invención del cero en las matemáticas, y relacionada íntimamente con ella.

Si recuerdo esa banal travesura es porque fue la única vez que el contador se enojó conmigo en serio, y hasta amenazó con no dejarme entrar más a su oficina. En general era muy tolerante, en parte por su carácter, en parte porque yo era juicioso, en parte, seguramente, porque yo le era útil y él debía de sentir culpa de explotarme sin contraprestación alguna. Esta vez me pegó cuatro gritos: «Vos y los vagos de tus amigos... Los voy a hacer meter presos...» Señalaba la vidriera blanca cubierta de inscripciones. «¿Creíste que no me iba a dar cuenta?... Ya escribir todo eso, sin permiso, está mal... ¡Pero cosas prohibidas!...» Ahí empecé a caer en la cuenta de lo que se trataba. No era, o no era sólo, escribir, mancillar el blanco del vidrio, sino cuáles palabras habían quedado escritas; no la forma, sino el contenido. En realidad, no me había puesto a pensarlo. Absorto en el desafío de escribir al revés, no me había detenido a pensar en los significados, y ahora comprendía que en el entusiasmo, en el apuro, en el aturdimiento del delito, podríamos haber escrito alguna salvajada. No desconfiaba tanto de mí, que era juicioso y reprimido hasta en mis automatismos, como de mis amigos, que eran unos bárbaros. «Seguro que pusieron COGER», pensé, y agaché la cabeza. El contador bufó un poco más y después se olvidó. Ahí terminó el incidente.

Pero tuvo su epílogo unas horas después, esa misma tarde, que era una de esas interminables tardes de verano de Pringles; yo me había quedado solo en la oficina, esperando el regreso del contador, que se demoraba más allá de la hora de cerrar.

Estaba sentado en el banco alto tras el mostrador, sobre el que apoyaba los codos, y tenía los dos puños hundidos en las mejillas. No pensaba en nada. Me dominaba esa melancolía vaga y sin objeto de la infancia, acentuada por la hora y, seguramente, porque tenía frente a mí la vidriera pintada de blanco como un muro. Sentí, sin verlo, que el cielo se ponía de un rosado fosforescente. Así pasa en la última hora de las gloriosas tardes de verano en Pringles; el aire se ilumina, sus corpúsculos destellan. Y entonces, sobre la madera oscura del mostrador, justo frente a mí, en el sitio exacto donde yo podría haberla escrito, apareció una palabra, en gruesas letras rosadas: PERÓN. Alucinatoria, hechizante, tan real como podía serlo, aunque me pareció imposible. Me eché hacia atrás, parpadeando ferozmente. Seguía ahí, escrita con un pincel de luz. Al fin alcé la vista y comprendí que la luz que la escribía se proyectaba desde una de las escrituras de la pintura de la ventana. Ésa era la palabra prohibida a la que se había referido el contador. Yo era tan distraído que jamás la habría discernido entre todos los garabatos e inscripciones que cubrían la mitad inferior del blanco. El cielo había tenido que revelármela, con un nuevo Mane Thecel Fares. Cuando cedió la sorpresa y pude volver a pensar, fue el turno de maravillarme de que se proyectara al derecho, no al revés.

Hay algo que se llama «espejito»... Me acabo de enterar aquí en Rosario, donde he venido por unos días sin dejar de escribir estos recuerdos (porque yo escribo siempre, esté donde esté y pase lo que pase). El nombre está bien puesto; yo conocía la cosa, sin el nombre, del que desde ahora no voy a poder separarla nunca. La conocía de chico, y ahora fue una niña la que la nombró, lo que me hace pensar en la continuidad de la infancia. Aunque soy el primer convencido de que no hay nada eterno, debo reconocer que existe cierto pensamiento que corre por debajo de la Historia, y no se puede decir quién lo transporta. Los niños no tienen instrumentos de transmisión que atraviesen las generaciones, así que habría que concluir que lo inventan cada vez. A medio siglo de distancia, de Pringles a Rosario, en otro mundo, en otra era... Ahora estoy teniendo abundantes ocasiones de observar y experimentar, como que este viaje, con la excusa de un Coloquio sobre las Retóricas del Ensayo, tuvo por objetivo conocer, y volver a ver, niños. Sucede que entre mis amigos rosarinos, todos ellos teóricos fanáticos de la Literatura, se ha desencadenado la moda de tener hijos. Pasé unas jornadas muy instructivas, y anoche fui a cenar a lo de Adriana, que fue la primera en reproducirse, cuando yo apenas empezaba a conocerlos. Mi primer viaje a Rosario coincidió con el nacimiento de su hija Cecilia, cuyo crecimiento seguí hasta los tres o cuatro años, no más. De modo que lo de anoche fue una sorpresa. Cuando subí a la terraza de la mansión de la calle España, una enorme muchacha, casi tan alta como yo, describía círculos vertiginosos montada sobre patines. Vino a darme un beso, con una sonrisa radiante. «¡Cecilia! ¡Qué grande estás! ¡Y qué linda!» No lo dije por cortesía. A los diez años, niña grande (casi enorme), sonrosada por el ejercicio, los ojos brillantes, irradiaba luz. De inmediato siguió con sus giros bajo la Luna, arrancando chispas a las baldosas rojas, y así habría

seguido toda la noche si el padre no le hubiera pegado cuatro gritos. Después, durante la cena, Cecilia mencionó los «espejitos». Se trataba de la respuesta a un insulto, para hacerlo volver al que lo profiere. Pero el que mencionó era muy pobre: «Para vos y toda tu familia». No dejé pasar la oportunidad de enriquecerlo: «En Pringles lo decíamos con rima, Cecilia: *Para todos tus parientes, para vos especialmente*. Así suena mejor y es más eficaz.» No la convenció. Implacable como todos los chicos, encontró imperfecta la rima: «¿No habría que decir *especialmentes*?». Estuve a punto de decirle que era al revés: se decía *pariente*, porque los chicos de la clase obrera de Pringles nos comíamos las eses; pero me callé porque estando entre intelectuales rosarinos pensé que se lo podrían tomar a mal. Me acordé de otros espejitos, pero me los guardé también porque no eran para ventilar frente a las damas. Uno muy conciso y definitivo era el que se usaba para responder al habitual «La puta que te parió»: «A vos solo y a mí no». Cuánto de cierto hay en su brevedad proverbial. Una mujer, puta o no, pare a sus hijos de a uno, y hay una imposibilidad radical, tan bien expresada en el giro de la frasecita, de que la que parió a uno de los adversarios haya parido también al otro. Claro que una mujer puede tener muchos hijos en el curso del tiempo, pero debo recordar que todos nosotros éramos hijos únicos, y cada cual tenía una única madre.

Pero había otro espejito que iba mucho más al punto. En realidad era un contraespejito. Sucedió cuando el insulto era «La concha de tu madre». El espejito rezaba: «La concha de tu hermana, que es más baqueana». Y entonces el primero podía retrucar con el definitivo: «Como hermana no tengo, con tu culo me entretengo». En efecto, ninguno de nosotros tenía hermana, así que yo tomaba estas rimas, y las tomé durante muchos años, como costumbrismo pringlense.

De las conversaciones que oía en la oficina del contador, las que más me inspiraban eran las que tomaban la forma de monólogos. Después siguió siendo así, lo que es curioso, o quizás no tanto, en alguien tan parco como yo. Creo que esta preferencia mía del monólogo sobre el diálogo responde al atractivo morboso que ejerce sobre mí la locura, sobre todo la locura latente en la normalidad, la que está a un paso de la más segura y reconfortante rutina cotidiana, no la que hay que ir a buscar a los manicomios. En el monólogo es donde se hace realidad el dicho «el pez por la boca muere». Pero más que eso, en los monólogos yo podía percibir el crecimiento, lento y magnífico, de las construcciones imaginarias, en las que el lenguaje, a fuerza de girar en el vacío, se abría a algo que estaba más allá de las palabras.

Tanto era el tiempo del que disponía la gente en aquellas épocas que se toleraban los monólogos más descabellados. Y si yo los apreciaba tanto, habría otros que los oírían con placer también. Los chacareros que visitaban la oficina se despachaban a gusto. El Contador no se quedaba atrás, al contrario, era el peor. Y con diferentes interlocutores, los repetía. Yo era el único en oír la repetición, privilegio que me llenaba de una inexpresable satisfacción. Registraba las variaciones, las

amplificaciones, los perfeccionamientos, y después, solo, me los repetía añadiendo y variando y puliendo todavía más. Uno de sus preferidos, (y mío) era el cuento de «los réditos» de un linyera. «Los réditos» era, por supuesto, el pago de los impuestos al fisco y toda la papelería concomitante, de la que él se ocupaba en forma profesional. El linyera en cuestión, genuina figura del discurso, era uno de esos vagabundos de los campos bonaerenses, que entonces abundaban. La historia era que una vez a un linyera le habían ido a hacer reclamos los inspectores de la Dirección General Impositiva. Como todo ciudadano argentino, él debía pagar impuestos. De más está decir que había muchísimos que no los pagaban, pero la gracia de este cuento era que el linyera no tenía que mentir, porque su vida se desarrollaba por entero fuera de los intercambios monetarios. Ahí venían las amplificaciones del Contador, que se volvía «contador» en el otro sentido (y más legítimo, dicho sea de paso, porque de Contador especializado en Réditos éste no tenía título habilitante, era apenas un «práctico»). Tomaba alternativamente el papel de los inspectores fiscales, cada vez más perplejos, y el del linyera, que tenía una respuesta para todo. «¿Propiedades inmobiliarias?» «Ninguna.» «Ah, ¿alquila?» «No, duermo abajo del puente.» «¿Cargas familiares?» «Soy solo.» «¿Indumentaria?» «Me las arreglo con las pilchas viejas.» «¿Y si se le gastan o rompen?» «Alguien me regala. No, mejor, me hago una con una bolsa abandonada.» Y así seguía. «¿Comida?» Era el rubro más pintoresco. Su plato estacional favorito: el berro del arroyo. En el fondo, era la utopía del hombre natural, pero a mí me hacía el efecto contrario, porque sentía lo anacrónico de ese sujeto, y aunque me proponía ser como él (¿qué chico no se lo habría propuesto?), quería serlo en ese mundo en el que se pagaban impuestos y se pertenecía a grandes máquinas sociales, modernas y eficaces.

Esa modernidad que yo sentía oscuramente que amenazaba a mi padre, se me antojaba un viaje individual al futuro. Despertarse a la mañana y encontrar que habían pasado cien años y todo era distinto. Un refinamiento de la imaginación me hacía desdeñar las naves interplanetarias y los rascacielos de cristal. Lo que había cambiado era el estilo, algo invisible y sin embargo decisivo. Por ejemplo un hombre de la época anterior a la invención del cero, que viajara mágicamente, de pronto, a la época posterior a esa invención, y se paseara por la calle, mirando a su alrededor... Lo mismo con el espacio entre las palabras escritas. O, más sutil, un hombre de la época en que la palabra «Perón» estaba prohibida, trasladado a una época en que esa prohibición se hubiera levantado. Al escribir esta crónica yo estoy haciendo más o menos lo mismo que ese salto en el tiempo; no entre estilos, porque mi estilo no ha cambiado desde mi infancia, pero sí entre las consecuencias del estilo. Salvo que yo lo hago al revés, del futuro al pasado, pero por efecto de la escritura, de la transparencia del estilo, el revés se vuelve el derecho, es decir el revés del revés.

Ocasionalmente iban a la oficina hombres algo más cultos y razonables. Eran excepciones, y aunque ellos no se embarcaban en monólogos delirantes me daban la ocasión de oír alguna verdad, con la que yo me identificaba, de mala gana, sin el

placer que me daba la ficción; pero era como si, independiente de mi voluntad y mis gustos, yo estuviera predestinado a ese otro mundo árido de la razón. Una vez, uno de ellos, curiosamente al tanto de las pequeñas cosas de nuestra vida, se puso a hablar del destino de la infancia del pueblo. «Hoy nadie quiere ser obrero», decía. «¡Nadie quiere trabajar!» asentían sus interlocutores con entusiasmo, cediendo a esas generalizaciones pesimistas que nunca son tan generales porque exceptúan al que habla. Pero este hombre tenía una idea más precisa, y no se quedó en la demagogia barata: «Nadie quiere ensuciarse las manos en un oficio. No sé si les da vergüenza, o hacen un cálculo equivocado, pero les hacen un daño a sus hijos al mandarlos a estudiar a esos secretariados comerciales como el de Velásquez, en lugar de enseñarles el oficio que ellos mismos ejercen. Les parece que porque van a ir a trabajar de saco y corbata van a ser más que con el overol, y en realidad van a ser empleaduchos sin porvenir.» Los demás, que de tanto hablar nunca se habían puesto a pensar, asentían malhumorados. El hombre se volvió hacia mí, y para mi sorpresa, mostrando que realmente sabía más de lo que parecía, me dijo:

—¿Vos sos hijo del Tilo, no?

—Sí.

—Ahí tienen. Un electricista, al que no le costaría nada enseñarle su oficio al hijo. ¡Con la necesidad que hay de electricistas, y la que va a haber en el futuro! Pero no, la idea del progreso que se hace esta gente es poner al hijo atrás de un escritorio, a vegetar el resto de su vida con un sueldito miserable.

Etc. Su diagnóstico era diabólicamente acertado. Otra cosa era que tuviera razón en criticarle a «esta gente» sus ingenuos deseos de ascenso social, por el camino que vieran abierto. Después de todo, era «la otra» gente la que podía hacer estos razonamientos, la gente como él, la que había echado a Perón y puesto en marcha el tren cruel de la Historia. Pero lo que decía era cierto. Todos los chicos que yo conocía, todos sin excepción, una vez terminada la primaria iban a lo de Velásquez, y entraban al mundo del comercio y la burocracia. Era una ilusión, una esperanza, un objetivo de la evolución.

Este señor que hacía sus comentarios y críticas tan acertados se ponía en un nivel superior. Desde ahí podía hacer un diagnóstico acertado, pero no podía entender. Al nivel en el que sucedían las cosas, la visión era distinta. Allí, lo de Velásquez era lo razonable, lo adaptado a las necesidades. En efecto, el ciclo completo de estudios en ese instituto era de dos años apenas, y no bien el alumno recibía el título, a los catorce años, ya estaba en condiciones de ingresar al mercado de trabajo, que parecía insaciable en su demanda de jóvenes dependientes contables.

Lo irracional, por el contrario, (siempre visto al nivel de los actores sociales interesados) era el Colegio Nacional, que también existía y era muy prestigioso. Pero el Nacional se demoraba nada menos que cinco años y el título que otorgaba era el de Bachiller, que no servía para absolutamente nada en términos laborales; para lo único que servía era para ingresar a la Universidad, y Universidad había en Buenos Aires o

en La Plata, lejanas e inaccesibles. De modo que mandar a un chico al Nacional, no siendo rico, era una pretensión absurda, o directamente una pérdida de tiempo.

Lo peor, en las bocas del barrio, era que el Nacional tenía un programa de estudios, el oficial, que obedecía a objetivos arcanos, tan apartados de las necesidades prácticas que se prestaban a la chacota. Por ejemplo, una de las materias que se cursaban en primer año (hasta ahí habían llegado las averiguaciones) era Botánica. ¿Y para que podía servirle la Botánica al vástago de una familia humilde, que tendría que pensar, cuanto antes mejor, en ayudar económicamente a sus padres, en labrarse un porvenir y disponer de armas eficaces para emprender la lucha por la vida? ¡La Botánica, justamente! En el barrio se habían encarnizado con la Botánica, quizás por lo sonoro del nombre. Debía de haber, había, otras materias más inútiles, pero la Botánica era el ejemplo ideal.

Mentí a sabiendas cuando dije que no hubo excepciones en el «proyecto Velásquez». Hubo una, y muy notoria y comentada, tanto que volvió a poner a la Botánica en boca de todos por una temporada. Fue un chico que vivía en la cuadra de casa, hijo único (por supuesto) de la familia más pobre del barrio. Eran casi más que pobres, porque el padre no trabajaba, se la pasaba fumando en la puerta; no se sabía de qué vivían, seguramente de la caridad de algunos parientes; la madre era una india reseca vestida de negro, siempre encerrada en la cocina. Este chico era tres años mayor que yo, o sea que terminó sexto grado cuando yo apenas pasaba a cuarto. Y en ese momento, para la infinita sorpresa de todo el barrio, lo mandaron... al Nacional. Era tan ridículo que superaba todo lo imaginable. Pero de algún modo era lo que podía esperarse.

Con este chico, al que llamaré M., sucedió algo que recuerdo bien. Un día, una tarde, mi madre salió conmigo, rumbo al centro, no recuerdo a qué. El centro estaba exactamente a cinco cuadras, pero no íbamos nunca, así que la excursión era de proporciones. Salimos, y M., que estaba aburrido en la calle, se nos agregó y nos acompañó. Era la época en que él había ingresado al Nacional —época que, dicho sea entre paréntesis, no duró mucho, dos o tres meses nada más, porque los padres tuvieron un acceso de cordura, lo sacaron y lo anotaron en lo de Velásquez, cosa que fue proclamada con no pocas sonrisas vengativas en el barrio—. Salimos caminando los tres muy contentos por el medio de la calle. M. era un chico simpático y charlatán, nada inhibido. Mi madre se había vestido «para salir», y éste era el motivo por el que caminábamos por el medio de la calle, ya que su atuendo formal incluía unos zapatos de taco aguja de tremenda altura. Desacostumbrada, iba como sobre zancos, vacilante, y el asfalto liso de la calle le resultaba mucho más seguro que las toscas y yuyos de las veredas de tierra.

Mi madre era muy baja, casi enana. O mejor dicho, tenía la estatura de una enana, pero acompañada de otras características somáticas que, siendo tan extrañas y llamativas como las del enanismo, eran distintas. Por ejemplo, su cabeza era llamativamente pequeña, (quizás era de tamaño normal, pero con esa estatura uno

esperaba la cabezota de un enano) y en lugar de pelo la cubría una pelusa gris que nunca crecía tanto como para ser peinada o cepillada; por suerte este cabello era demasiado fino para pararse. Lo que más llamaba la atención en ella eran los anteojos, pequeños y redondos y de un espesor tan descomunal que directamente parecían bolitas. Esos anteojos se los habían hecho cuando tenía cuatro años, y no se los sacó más. A pesar de su escasa estatura, y de su aspecto un tanto grotesco, tenía un aura de autoridad y señorío que imponía respeto. Todos la trataban de «señora», lo que era excepcional porque a las demás madres del barrio las llamábamos por el nombre o apodo, a secas.

Pues bien, al llegar a la esquina nos superó un auto esquivándonos, y como se oía el motor de otro a lo lejos, mamá recapacitó y llegó a la conclusión de que podíamos seguir caminando por el asfalto sin necesidad de ir por el medio de la calle. Dijo:

—Vamos a acercarnos al cordón de la vereda, para evitar una colisión.

M. la miró muy sorprendido, y le preguntó a los gritos, como hablaba él:

—¿«Colisión»? ¿Qué es eso?

—¿No sabés lo que es una colisión? Un choque.

M. se reía, expansivo, feliz:

—¡No! ¡No puede ser! ¡Esa palabra no existe, la inventó usted!

Mi madre sonreía, muy complacida. La sospecha de M. tenía sus motivos, porque era muy de ella inventar palabras misteriosas, crear enigmas, hacer bromas. Esta vez se limitó a chasquear la lengua, muy contenta con la intriga que había creado. M. insistía:

—¡Esa palabra no existe! ¡No está en el diccionario!

Esta frase fue un golpe para mí. «No está en el diccionario.» Sería difícil transmitir la impresión que me causó. Antes debo aclarar que con el tiempo y las repetidas maledicencias, el Nacional se me había vuelto un mito, vago y oscuro, que por esas características me atraía invenciblemente. La Botánica misma, aunque, o porque, no sabía lo que era, se me había hecho un mito. Todo ese saber inútil, que por inútil no tenía límites y podía cubrir o duplicar el mundo entero, mejor dicho los mundos, el visible y el invisible, era un vórtice, un imán. Pero la frase de M. me transportaba a un nivel superior. «No está en el diccionario» significaba, por la negativa, que M. sabía cuántas y cuáles palabras había en el diccionario. Todas, ya que sabía cuál no estaba. Una palabra al azar, salida del floreo léxico de una señora en una conversación circunstancial, y él podía ubicarla al instante en el hueco, en el vacío, de la totalidad de las palabras existentes. Yo nunca había abierto un diccionario (el único libro que había pasado por mis manos era la Enciclopedia de Contabilidad) pero sabía lo que era. En un diccionario estaban todas las palabras, y con todas las palabras, en distintas combinaciones, se hacían todos los libros. M. era el único chico que yo conocía que fuera al Nacional. La conclusión del silogismo era que en el Nacional se aprendía el diccionario. Sentí una especie de confirmación y expansión a la vez. Lo que para cualquier otro chico en sus cabales habría sido una condena casi

demasiado cruel (estudiar el diccionario), para mí era el destino. Lo mío era el enciclopedismo y la combinatoria, pero eso a su vez crecía, como un amanecer.

La sospecha, muy correcta, de que en este caso mi amigo se equivocaba, no alteraba en nada esta certidumbre exaltante; era un accidente, que podía corregirse. Podía haberlo provocado esa fatal tendencia de todos mis amigos al chascarrillo obsceno; debía haber supuesto de mi madre la intención de hacer uno, muy débil, por el que «colisión» era una palabra inventada que significaba «atropellar por la cola, por atrás». (Aquí debo decir, en honor a la verdad, que M. es hoy un estanciero millonario. Y no lo es por haber estudiado en el Nacional, adonde fue unos pocos meses, sino gracias a la manipulación contable que aprendió en lo de Velásquez.)

Yo también estaba destinado al Nacional. Era una decisión de vieja data, de mi madre. Una decisión incommovible, casi una fatalidad, como todo lo que pasaba por ella. Mi madre la proclamaba con esa seguridad altiva, clasista, tan propia de su irracionalidad. ¿A qué Universidad iba a ir yo cuando al cabo de cinco años de extenuantes sacrificios familiares tuviera mi título de bachiller? Lo curioso es que mi padre, que sí podía razonar, la apoyaba en silencio. No sé, podía ser una forma de suicidio, un pacto suicida que ellos habían hecho...

Hay quien ha dicho que todo matrimonio es un pacto suicida. Puede ser cierto, en un sentido metafórico y poético, pero en cada caso particular habría que adecuarlo a las circunstancias históricas. A veces para entender una sola metáfora hay que remontarse muy atrás en las causas y las causas de las causas. Entre mis padres era tal la diferencia de estilos psicológicos que la idea de pacto no podía tomarse sino en un sentido figurado. No había un plano común en el que pudieran coincidir para fijar los objetivos y condiciones. Estaban en mundos distintos, cada uno en su dimensión, irreductible a la otra, inconcebible desde la otra. Pero si quisiera decir que eso fue lo que me volvió tan raro, me equivocaría; porque todo hijo debe pasar por lo mismo. Esto parece una exageración; se me dirá que de ser así, el destino de todos es la esquizofrenia, y que la sociedad está amenazada desde adentro con una disolución a corto plazo. Yo sería capaz de no retroceder ante esa objeción; podría decir: Sí, ¿y qué? Pero, no, reconozco que no es así. En lugar de disolución hay Historia. El desgarramiento se elabora en el tiempo. Aunque ahí sí me planto: no se elabora bien, no hay final feliz. ¿No dijo acaso Ortega y Gasset, con toda su autoridad de filósofo y de español, que «la humanidad se divide en idiotas y monstruos», dando por sentado que no había un tercer término? Lo más que podemos aspirar es llegar a monstruos, aunque para ello debamos sacrificar la felicidad.

Debo intentar una descripción del punto donde se unían las dimensiones heterogéneas, el sitio mágico e inconcebible donde hacía contacto lo que nunca podía tocarse. La casa, el barrio, el pueblo... Empiezo por la casa donde vivíamos. Eran las ruinas de una antigua «fonda» que debía de haber sido, en las eras espléndidas de Pringles, una especie de hotel. En aquel entonces, por lo visto, se construía a lo grande, y con una solidez que resistía a décadas de abandono y maltrato. El edificio

describía una elegante majestuosa en la esquina. En la esquina misma, y a lo largo de una de las calles, había grandes salones, cocinas, depósitos y las que debían de haber sido dependencias del personal. De ese lado estaba la entrada, que era muy aparatosa, y donde cesaban las construcciones se encontraba el portón que había servido para coches y carros. Sobre la otra calle se extendían las habitaciones, unas diez, todas con ventana enrejada a la calle y puerta a una galería con columnas de hierro. El resto del terreno, que era media manzana, lo ocupaba un parque con viejos árboles. Nosotros ocupábamos una de las habitaciones, sólo una. El resto del edificio estaba vacío y dilapidado. Abundaban las molduras, las volutas, las falsas columnas. En la esquina, sobre el majestuoso portal que daba al salón principal, subsistía un escudo nobiliario de estuco. Yo pienso que el establecimiento debió de ser planeado para una clientela rural que se habría sentido incómoda en otros hoteles que ya existirían en el centro de Pringles; por su ubicación marginal, a quinientos metros del centro, éste se hallaba casi en el campo, y su vasto terreno, originalmente la manzana entera, daría cabida mejor que otros más urbanos a coches y caballos. Con el crecimiento del pueblo, en la segunda o tercera década del siglo, perdió razón de ser, dejó de funcionar, y sus restos quedaron enclavados allí en el barrio. Los dueños habían sido franceses, colectividad que había tenido una numerosa representación en la zona. De la antigüedad de la Fonda daba cuenta un hecho significativo; no tenía un solo baño. Nunca lo había tenido. En el fondo del parque había una letrina, construida en el mismo estilo palaciego del resto.

Como dije, nosotros tres éramos los únicos habitantes de este enorme edificio. Pero ocupábamos una sola de sus piezas, que era todo nuestro hogar: cocina, comedor, sala de estar y dormitorio a la vez. Yo no lo encontraba pobre ni incómodo; había vivido siempre así, y todas las familias que conocía, es decir las de mis amigos del barrio, se las arreglaban en instalaciones equivalentes, y todas más reducidas que la nuestra. Hay que recordar que todos éramos hijos únicos; no se parecía para nada a la miseria, con la promiscuidad de ocho hijos, diez hijos, o hijos en cantidad indefinida en crecimiento perpetuo. Lo nuestro se parecía más a la adaptación. En realidad, lejos de resultarme deplorable, a este sistema de ambiente único lo consideraba el más razonable y simple. Otra cosa me habría parecido extravagante, como le parecería a un chico de hoy tener un comedor para la sopa y otro para el postre, o un dormitorio para dormir la siesta y otro para dormir de noche. Aun con más experiencia que yo, mis padres debían de sentir lo mismo, prueba de lo cual es que nunca se les ocurrió colonizar alguno de los cuartos vacíos que nos rodeaban en tal profusión.

Con todo, esta limitación podía estar sobredeterminada, por las cláusulas, o más bien la historia, del contrato de alquiler. Nunca supe cómo fue que mis padres fueron a parar ahí, y por qué fueron los únicos en hacerlo. Aunque era fácil deducirlo. En algún momento de la década peronista hubo un congelamiento de alquileres, que con la inflación subsiguiente se volvieron un regalo. Y la Libertadora, que cambió tantas

cosas, no supo cómo cambiar esto. Los dueños de esa vieja ruina, descendientes de los franceses que la habían construido, no tuvieron interés en meter nuevos inquilinos. Nosotros debimos de ser un experimento, que salió mal. Además, había un difícil juicio sucesorio que afectaba al inmueble. Una vez por año ponían una bandera roja en la esquina, y un cartel que anunciaba un Remate Judicial. Llegada la fecha, venía un martillero y se organizaba en la vereda una pequeña ceremonia, muy breve y siempre igual. Se reunía un público regular, todo de hombres; mi padre no se lo perdía nunca, yo tampoco. También venían los dueños, que no sé si eran hermanos o primos o cuñados; estaban peleados a muerte, no se hablaban y se ubicaban a distancia unos de otros. El rematador pronunciaba un discursito que traía preparado: las medidas del terreno, metros cubiertos, medianeras, etc. Después «la base»: levantaba el martillo, esperaba unos segundos en silencio, o murmurando algo, y daba por terminado el remate. En ese preciso momento los dueños se marchaban sin decir palabra, serios, compungidos, cada uno por su lado. Apoyando los papeles en el capot de un auto un escribano que había venido con el martillero completaba un acta, la firmaban y se la hacían firmar a dos testigos, que solían ser vecinos.

El sentido de esta curiosa ceremonia negativa, que se repitió sin cambios todos los años de mi infancia, yo lo entendí a la larga por las explicaciones de mi padre. Ya dije que no asistían mujeres. Mi madre tampoco lo hacía, pero su ausencia tenía un matiz deliberado y militante. Y en los días que seguían se mostraba irritable, combativa, gruñona, ella que por lo común era como un pájaro cantor, despreocupada y risueña. Mi padre trataba una y otra vez de hacerle entender el sentido de lo que había pasado, ella no entendía, y la impaciencia tormentosa de él terminaba desencadenando rabiosas discusiones. A mí esa incomprensión me parecía bastante irracional, porque hasta yo había terminado por entender la mecánica del asunto, en cuya descripción mi padre agotaba su poca calma. El Juez a cargo del expediente de la sucesión ordenaba el remate. Pero para que éste se consumara debía haber un comprador. Al no haberlo, se hacía necesario esperar a que diera una vuelta completa todo el ciclo de causas y volviera a tocarle el turno a ésta. Así de simple era. ¿Por qué mi madre no quería aceptarlo? ¿Por qué lo complicaba con preguntas fuera de lugar, quejas y exabruptos? Era la única ocasión en que dejaba de lado su política de paños fríos con el nervioso de su marido.

El punto clave del malentendido, lo que mi madre se negaba a entender, era que los dueños no aprovecharan la ocasión de comprarse a sí mismos y terminar con esa farsa. Y sin embargo, estaba muy claro. Al no haber ofertas, no se vendía, y ellos seguían siendo dueños sin poner un peso. Si hubiera habido una oferta, las distintas ramas de la familia, peleadas a muerte entre sí, la habrían subido... Se habría producido una escalada de nunca acabar, porque todos ellos estaban obstinados en ganarles la posesión a los otros. Era un peligro siempre latente. Ellos no iban a encender la mecha, pero podría hacerlo otro, alguien ajeno a la familia e ignorante del pleito, que tuviera la peregrina idea de comprar para tirar todo abajo y hacerse un

chalet... De hecho, la cuestión nos concernía, a nosotros más que a nadie, porque vivíamos ahí. Una consecuencia curiosa de este pleito fue que en tiempos remotos, antes de que yo naciera, cuando mi padre fue a pagar el alquiler, los dueños le dijeron que no podían darle recibo. Este documento, supongo, modificaría el *status* legal de todo el trámite. Mi padre respondió que si no le daban recibo, no pagaba. Ahí se atrancaron, y no pagó más, es decir que no pagó nunca. O sea que además de tener el alquiler congelado, no lo pagábamos.

Todos mis amigos vivían en casitas mezquinas y apretadas. A nosotros, nos sobraba espacio; pero, en un gesto de soberbia dignidad de pobres, lo despreciábamos y vivíamos en una pieza. Ni siquiera de la galería usábamos más espacio que el delimitado por nuestra pieza. A mí me tenían prohibido entrar a las otras, aunque la mayoría no tenía puertas y sólo las recorrían las ratas. No es que me atrajeran mucho, tampoco. A veces, en ausencia de mis padres, organizábamos una excursión con los chicos del barrio, pero era muy raro. También me tenían prohibido jugar en el parque, o inclusive hollarlo, más allá del sendero que llevaba a la letrina, o el de la bomba (porque tampoco teníamos agua corriente), y yo tenía tan internalizada esta limitación que hubo rincones que no pisé nunca.

De todos modos, el edificio actuó dándole su forma definitiva a mi imaginación. Desde entonces, siempre he pensado en forma de palacio. Para dormirme a la noche, recorría en la mente todos esos cuartos vacíos... No todos, porque no sabía cuántos eran, nunca me tomé el trabajo de contarlos. Me perdía en ese laberinto cuyo centro era el sueño. Puede parecer poco para modelar la imaginación de un hombre, y con ella todo el transcurso de su vida. Pero, aparte de que no sería la primera vez que una pequeña causa produce un gran efecto, no es poco. Porque la situación disolvía la contradicción entre Palacio y Pieza, y ponía en marcha el mecanismo para disolver todas las contradicciones.

Nunca supe (y nunca supe que no lo sabía: por eso no pregunté) por qué nuestro hogar era ese cuarto, y no otro. Había tantos, y todos iguales... Aunque, por supuesto, no eran iguales; cada uno estaba en su lugar, y esa diferencia era irreductible. Lo único que tenía nuestro cuarto que no tenían los demás, además, claro está, de que el nuestro se había mantenido habitable, era una chimenea. Una gran chimenea de mármol. Ningún otro cuarto la tenía. Quién sabe a qué designio antiguo y perdido obedecía. Cuando en el curso de mis lecturas encontré la expresión «el Palacio de Invierno», me hizo soñar; pensé que podía modificarla, de acuerdo con mi experiencia personal, y quedaba así: «el Cuarto de Invierno del Palacio de las Estaciones».

Una vez mi madre contó, en medio del incesante parloteo que empleaba para mantener calmado a mi padre, que cuando fueron a vivir ahí, de recién casados, empleaban la chimenea para cocinar, con un fuego de leña, como en la Edad Media. Me entusiasmé, con el snobismo histórico de los niños. Me habría gustado verlo. Le pedí que hiciera una comida, aunque más no fuera una sola, al viejo estilo; pero no

me dio el gusto. Me prometí que cuando fuera grande volvería a la Edad Media cuantas veces quisiera, a despecho del progreso. Al parecer esa etapa a ellos les había durado muy poco, porque con su primer sueldo de electricista municipal mi padre le había comprado a su esposa una enorme cocina Volcán a kerosene, la que teníamos todavía. Seguía donde la habían colocado al traerla, contra el punto central de una de las paredes laterales. El cuarto era cuadrado, y cada pared tenía en su mitad un jalón: en la que daba a la galería, era la puerta; justo frente a ella, en la que daba a la calle, la ventana; en las laterales, en una la cocina Volcán, en la otra, enfrentada, la vieja chimenea. Esa simetría me encantaba, le encontraba siempre sentidos nuevos. El piso era de madera, de unas tablas estrechas, y sonaba a hueco. El mueble más grande era la cama matrimonial, contra la pared lateral al costado de la chimenea, del lado de la puerta. Del lado de la ventana, mi cama, y una gran alacena. Frente a mi cama, a un costado de la cocina, un ropero de tres lunas, voluminoso y muy alto. El mobiliario se completaba con la mesa y las sillas, en el rincón del lado de la puerta. Esa disposición no cambió nunca.

Ése era nuestro pequeño mundo, nuestro refugio y nuestro secreto. Pensado desde este lado del tiempo, parece como si necesariamente debiera de haber un secreto. Un secreto lo habría justificado, aunque más no fuera como recurso mnemotécnico. Lo curioso es que no lo había, y sin embargo lo recuerdo todo perfectamente. No estábamos apretados. Yo me pasaba el día en la calle, papá también por su trabajo, y mamá era muy «portera»: se llevaba una silla a la vereda y se sentaba a tejer, tardes enteras. Decía que había empezado a hacerlo cuando yo empecé a caminar, para vigilarme, y después le quedó la costumbre. La gente que pasaba pensaría «Qué casa grande tiene esta señora», y no sabían que la casa propiamente dicha estaba oculta en el corazón de esa casa que veían, como una semilla está oculta dentro de un bosque.

Había otro exterior en el interior de la pieza, y era la radio. La teníamos en una repisa sobre la mesa, y estaba encendida siempre que había alguien en casa. Oíamos música, informativos, programas cómicos, de preguntas y respuestas; mamá seguía las novelas, y yo también, las de Chiappe, que eran gauchescas. Mamá consideraba una prueba de devoción filial y familiar que yo interrumpiera mis correrías, fueran cuales fueran, para ir a escuchar con ella la novela de Juan Carlos Chiappe. Se lo comentaba a las vecinas, muy orgullosa. En realidad yo lo hacía porque me gustaban, no por lealtad.

Por la vía de la radio entraba también a nuestra existencia la política. Mi vida habría sido menos torturada si la política hubiera estado excluida en nuestra casa, como, por muchas razones, debería haberlo estado. La principal de estas razones era el desengaño. Siempre se ha dicho, y con razón, que el peronismo no fue un genuino fenómeno popular: vino de arriba, y el pueblo lo recibió como un don, y lo siguió recibiendo hasta que recibir se le volvió una segunda naturaleza, y entonces empezó a recibir lo contrario. Esta interpretación puede parecer una sutileza intelectual, porque en los hechos las masas se sintieron protagonistas, y actuaron en consecuencia. Y lo

que importa son los hechos, «la única verdad es la realidad», la génesis es secundaria. Y sin embargo, los hechos mismos terminaron justificando este razonamiento, porque desde la misma dirección de donde había venido el peronismo, de la misma altura, vino el antiperonismo. Y justamente la ilusión de haber estado decidiendo su destino, al desvanecerse, produjo el desengaño, y la vergüenza por haber sido tan ingenuos.

Mi padre enmudeció, por fuera y por dentro. Si no hablaba, era porque no tenía nada que decir. Internalizó la dialéctica maldita de la Historia, la puso en cada célula de su lengua fría y muerta y se volvió un enfermo de los nervios. A partir de ahí, no tuvo la serenidad necesaria para ocuparse de la realidad del país, que era tanto o más histérica que él. En efecto, fueron años de inestabilidad, problemáticos, confusos. Arreciaban los cambios de gobierno, las intervenciones, los planteos militares. La radio nos traía las noticias. Los comentarios estaban a cargo de mi madre, que se fue volviendo más locuaz con el paso del tiempo. Por supuesto, no entendía nada de política, no podía saber de qué se trataba, y aun así se mostraba desenvuelta, escéptica y dogmática a la vez, envalentonada seguramente por el silencio de mi padre. Él debía de percibir la magnitud de los dislates de su esposa, su increíble ignorancia, su irresponsabilidad infantil, pero callaba. Y ya se sabe que el que calla otorga.

Recuerdo que en cierto momento, en ocasión de unas elecciones, habían lanzado una *slogan* que repetía la radio todo el tiempo: «Al gobierno lo elige usted». Mi madre soltaba una risita sarcástica y respondía: «... y Rattembach lo saca».

No habría sido tan grave (para mí, que era el único testigo de esta curiosa guerra sin combatientes) si ella se hubiera limitado a este cinismo desencantado, a estas ironías aisladas. Lo grave fue que empezó a desarrollar un antiperonismo visceral, gorila, difamatorio, auténticamente delirante. No era tanto un desarrollo ideológico como una consecuencia natural de la decisión de hablar; con algo hay que llenar el discurso. Empezó a hacer discursos, a la hora de la comida. Se embalaba, y no podía parar. Me adoctrinaba. Prefiero no reproducir sus palabras. Todos tenemos una historia política así de confusa y paralizante; por lo menos, todos los argentinos la tenemos. Por otro lado, no duró mucho. Era demasiado absurdo como para sostenerse, y quizás su función fue servir de impulso o molde formal para la etapa siguiente.

En efecto, caído el tema político quedó el discurso. Mi madre debía de haber descubierto que si ella hablaba, su marido se quedaba callado, y eso valía tanto para la política como para cualquier otro tema. Callado, a él se le aplacaban los nervios, o al menos sus manifestaciones más incómodas. Ella recurrió a sus memorias de infancia, se hizo inagotable en cuentos, viñetas, estampas, retratos, y yo terminé enterándome de todo. Aunque ella lo contaba muy feliz, sin resaltar el resentimiento, y hasta dándole un tono humorístico, era una sostenida historia de terror. Se había criado en el campo, la mayor de una decena de hermanos a los que había debido criar ella, sin ayuda, porque su madre era un monstruo de indiferencia: según ella, su

madre había sido esa figura excepcional y casi inconcebible: una mujer sin instinto maternal. La misión que esa carencia descargó sobre sus débiles hombros de niña tuvo por efecto compensar su desgracia física: sus hermanos la quisieron como a una madre, no la segregaron como el fenómeno enano y anteojudado que era. El padre había muerto joven, y, por supuesto, lo idealizó.

El padre murió el año en que ella se casó, no sé si antes o después pero ese mismo año, el cuarenta y ocho. Hasta ese punto llegaban sus evocaciones; a partir de ahí se hacía el silencio. Nunca habló de su casamiento, quizás porque lo daba por sabido (pero yo no lo sabía, y me habría interesado sobremanera). Con esa discreción compensaba, o sobrecompensaba, una verdadera fijación que tenía con el tema. Pero ese tema particular, el matrimonio, en un medio en que los matrimonios venían dados desde la eternidad, y estaba afectado por un poderoso tabú, se resolvía, como tema de conversación y de pensamiento, en la negativa, es decir en las solteronas. Las tenía catalogadas y estudiadas, a todas las del barrio, les inventaba esperanzas, les elegía «candidatos», fantaseaba soluciones... Pero gozaba infinitamente con el fracaso, que daba por descontado de entrada, y en eso no se equivocaba porque todas las solteronas de las que tuve noticias siguieron siéndolo por siempre. Es cierto que a veces en su entusiasmo exageraba al motejar del «solterona» a alguna chica de veinte años (generalmente cuando era maestra o empleada), y de pronto se casaba. Pero eran excepciones que dejaba pasar: su «elenco estable» se mantenía sin cambios. No pasaba día sin que se ocupara de ellas. En cierto modo, sin saberlo ni quererlo, estaba reivindicando la movilidad social que había introducido el peronismo en la vida argentina, porque las solteronas son un fenómeno específico de la clase media, y su aparición en el medio proletario en el que nos movíamos no podía interpretarse sino como una señal de ascenso. Ella misma lo decía, a veces: «las negras se casan siempre, por feas que sean». Pero en realidad no desmentía su postura gorila, ya que las solteronas, en razón del período largo que las constituía, estaban ahí desde antes de que hubiera peronismo, y seguirían estando después; los diez años que duró el peronismo no alcanzaron para hacer solteronas, y con ello se revelaron como meras ilusiones sus pretensiones de transformación social.

Hay una imagen que quedó suspendida entre ella y yo, definitivamente, aunque su aparición fue casi adivinatoria por mi parte, deducida de un balbuceo de ella, de un gesto o una mirada. Entre madre e hijo pueden darse esas conjugaciones de la imaginación. Eran las novias, «el sueño de las novias»... Así, con esa fórmula, me quedó. Ella, tan práctica, tan prosaica, tan irónica, una vez se había puesto lírica al describir el vestido de novia de una joven rica, una hija de estanciero, a cuya boda había asistido en su juventud: «un sueño», un sueño vaporoso y blanco de rasos y encajes y tules... De ahí debió de quedarme la expresión, que por lo demás respondía a un hecho objetivo, pues todas las jóvenes de aquel entonces soñaban con su boda, y con el vestido. Para todas, era la única ocasión en la vida de lucir las galas de una princesa. Era tan absurdo... Pero era real, sucedía, nadie podía negarlo porque habría

sido como negar el testimonio de los sentidos. Y ese sueño sucedía por afuera de la historia, ajeno a las vicisitudes de la política y la sociedad, como que estaba guardado en el cofre inexpugnable del alma de las vírgenes.

Mi madre había atisbado más allá del sueño, y yo me colé en esa mirada, no sé cómo... Ella había visto al pueblo, a Pringles, es decir todo su mundo, habitado por novias, con sus vaporosos vestidos blancos de tul de sueño... Todas las mujeres eran novias, todas las habitantes de ese planeta, y no había hombres, o no participaban de la visión, todas jóvenes y hermosas, todas «instantáneas», flotando en su tiempo personal (porque cada una se casaba «a su debido tiempo», cuando llegaba su hora, que era única e intransferible, preparada con detallismo perfeccionista) en las calles, veredas, patios, casas, del pueblo, visto a vuelo de pájaro y también desde la perspectiva maravillada de un niño... Esa bellísima utopía de mi madre era su triunfo sobre el tiempo. Yo la complementaba con una fantasía peculiar, que reforzaba mi identificación con ella. Partía de una curiosidad malsana que tenía, de ponerme sus anteojos, para ver cómo se veía el mundo a través de sus cristales; se lo había pedido muchas veces, y nunca me había dejado. Como no se los sacaba nunca, ni para dormir, no tuve la oportunidad de darme el gusto, pero ya se sabe lo insistentes que son los chicos con esos caprichos. Me imaginaba que se los robaba cuando ella dormía, se los arrancaba con un movimiento preciso y salía corriendo... Yo siempre salía corriendo, en mis fantasías y en la realidad... Y me los ponía al salir a la calle, y entonces sí, aunque fuera por un instante (porque mi madre venía corriendo en camión a recuperar sus anteojos, me pisaba los talones), veía la «bellísima utopía», el mundo de novias...

De la vida anterior de mi padre, en cambio, nunca supe nada, y no me atreví a preguntar. De algún modo, él había sabido crear la impresión, en el trío, de que el menor movimiento que hiciera su mente hacia el pasado desencadenaría una crisis nerviosa irreversible. Como esos mecanismos de tracción a piñón fijo, que simplemente no pueden actuar en reversa. Esto debió de dejar su huella en mí, porque una vez, muchos años después, cuando me explicaron cómo funcionaban los cambios de un auto, pregunté: «¿y qué pasaría si yendo en cuarta, a ciento ochenta por hora, uno pone la marcha atrás?» Y no era una pregunta en broma sino una duda genuina. A mi padre, evidentemente, las circunstancias históricas y las obligaciones familiares lo habían apuntado hacia el futuro, y para él el tiempo corría en una sola dirección. Es lógico que no tuviera nada que decir, porque el futuro está hecho de acción, no de palabras.

Una sola vez rompió el silencio de modo significativo. Fue una noche de invierno, no recuerdo si antes o después de cenar. En la radio pasaban una obra de teatro; mi madre entendió que era algo serio, cultural, y exigió silencio; se lo exigió a ella misma, que era la única que hablaba. Yo aguanté unos minutos apenas; no comprendía nada, lo que seguramente significaba que no quería comprender. Bufé y protesté, aburrido, lo que me valió unos chistidos y una mirada de advertencia. Yo

tenía esos arrestos de rebeldía, y una idea muy definida de lo que era divertido y lo que no. Al fin, con mi habitual fórmula pedante, «Me retiro a mis aposentos», me levanté de la mesa y fui a tirarme a la cama y abrí, desafiante, una *Rico Tipo*. Esta revista, que era una de las muchas que compraba un camionero vecino y me prestaba su madre, me la tenían prohibida por sus dibujos picarescos, así que la leía a escondidas. En esta ocasión la exhibí deliberada y ruidosamente, como una declaración rencorosa que me proponía sostener con razones; si ellos me forzaban al tedio de escuchar un bodrio incomprensible, caían sus censuras y todo me estaba permitido, como autodefensa, para no morir de aburrimiento. Pero me quedé con las ganas de litigar porque no me miraron ni se acordaron más de mí. Mi malhumor se disolvió en el interés de la lectura, y yo también me olvidé de ellos y de la radio. Habré pasado una hora o más absorto en la revista; de pronto, la obra que escuchaban había terminado.

Hubo un silencio. (En algún momento debo de haber vuelto a la mesa, porque participé en cierto modo en la conversación que siguió.) Mamá ya se lanzaba a hablar... Pero no lo hacía del todo, demasiado segura de su exclusividad, no se le ocurría que nadie fuera a disputarle el turno de hacer comentarios. Balbuceaba, calentando la máquina:

—¡Genial! ¡Un genio! ¡Qué talento! ¡García Lorca...! ¡Yerma! ¡Estuvo en la Argentina! ¡Margarita Xirgu...! ¡Lo mataron en la guerra!

En realidad ella siempre hablaba así, sin sintaxis, aun cuando estaba embalsada en un relato. Mucho más en este caso, en que no tenía nada que decir. Pero ella siempre tenía algo que decir. Ya sus exclamaciones preliminares transmitían lo básico del mensaje: eso que habían oído era cultura de verdad, cultura de clase alta, y los peronistas no tenían nada que ver con eso; de hecho, el peronismo había quedado desenmascarado con esta emisión. Los peronistas tenían que oír esto, y quedaban aplastados. Todo esto, era como si lo hubiera dicho textualmente. Pero además quería decirlo, y quería decir muchas cosas más. Estaba llena de palabras. Era como si quisiera apoderarse de la famosa pieza de García Lorca y reemitirla, ahora ella, ahora a su favor... Pero no se apuraba. La mitad del trabajo ya estaba hecho. Ya la mera existencia de García Lorca era una debacle total para el peronismo, porque era anterior a éste, y también posterior, como quedaba demostrado esa noche... era una prueba tangible de la persistencia transperonista de la gente decente, culta, no masificada...

Sus pretensiones, en el fondo, eran bastante encomiables. Si no las expresaba en forma más articulada era porque había quedado aturdida por la sorpresa, o por la plenitud... Simplemente antes no se había acordado de la existencia de García Lorca... ahora le volvía, en la voz de su padre, gran aficionado a la zarzuela... Le volvía confundida con otros recuerdos, mezclada con La del Soto del Parral, con Los Gavilanes de España, hasta con Tito Schippa...

Con todo, algo fallaba. Yo mismo lo percibí, no sin una vaga alarma. A pesar de

su entusiasmo, estaba dejando un hueco. Todo lo que decía, y lo que podía decir, era lo exterior al fenómeno, su efecto, su prestigio, su resonancia como objeto concluido. No hablaba de la génesis del significado, es decir del contenido de la pieza. Probablemente deslumbrada con la ocasión maravillosa, no había oído una palabra, su conciencia había estado demasiado llena con la ocasión misma para admitir los elementos que la constituían.

Y ahí, justamente, mi padre tenía algo que decir. Había estado muy pensativo, muy reconcentrado. De pronto dijo:

—Un escritor, para poder escribir algo como esto...

¡El sobresalto!

—¿Qué...?

Efectivamente, hasta el genio se veía en la necesidad de escribir su obra. Las cosas había que hacerlas. Todos los argumentos de encomio y satisfacción que preparaba mi madre perdían oportunidad ante este ataque por un flanco inesperado, que se revelaba anterior, y más básico.

Pero mi padre, ajeno por completo a cualquier discusión, se abstraía más y más en la busca de las palabras que apresaran sus fugitivas ideas:

—... para escribir algo tan contrario a los sentimientos que vive todo el mundo... Tiene que... inventar... escribir... como si él viera la vida... —Se ayudaba con gestos; hacía planear las manos sobre la mesa, ponía un dedo en un punto, después en otro, como si señalara los sitios de un diagrama imaginario, de un circuito.

—¿Pero qué estás...? ¿Te volviste...?

—Nosotros vemos la vida... —Hacía un gesto que indicaba: «de aquí para allá»—. Mientras él... —Gesto: «de allá para aquí».

—¿Qué...? ¿Quién...?

—Él no puede vivir... Es decir, nosotros no podemos ver...

—¡Vos no podrás...!

—Va contra la corriente... Es como si... —En ese punto encontró la idea que lo expresaba, y su voz se hizo más firme—: La vida al revés. Eso es. El escritor tiene que vivir la vida al revés. —Seguía ayudándose con gestos, pero ahora seguros, como si viera con total claridad su idea y sólo tuviera que hacérmela ver a mí. Porque se había vuelto hacia mí y me hablaba como un maestro a un alumno—. Todo en la vida está puesto en una dirección, ¿no?

Ahora imaginate que lo mismo está puesto al revés...

—¡Pero callate! ¡Callate, querés! ¡Callate! ¿No ves que el chico no te entiende?

Ahí fue como si él se despertara y la miró. Le dijo algo desagradable: «Ignorante», «burra», no sé qué más, no recuerdo. No se habló más del asunto. La interrupción de mamá no me hacía perder gran cosa porque era evidente que las elaboraciones de mi padre no iban a ir más lejos. Hasta el día de hoy me pregunto qué habrá querido decir con «la vida al revés». De grande leí *Yerma* buscando la clave, tratando de reconstruir aquel razonamiento oscuro, sin éxito.

Una de las anécdotas de su infancia que había contado mi madre puede dar un modelo de esta curiosa vida cotidiana que la Historia nos obligaba a vivir. Cualquier otra anécdota serviría lo mismo; algunas me quedaron en la memoria, otras no.

Ésta la habían protagonizado dos de sus hermanos cuando eran chicos, de siete u ocho años, una niña y un varón, menores que ella. Esos dos siempre se estaban peleando, siempre inventando nuevos motivos para pelearse, lo que no es tan raro entre hermanos. Uno de los temas clásicos en esta guerra permanente era el de las órdenes. El varón pretendía que la niña era su esclava, que hacía lo que él le mandaba, y no tenía voluntad propia. Por supuesto, bastaba que él dijera una cosa para que ella corriera a hacer lo contrario, pero aun así el muy pérfido se las arreglaba para afirmar con algún sofisma que en realidad lo había obedecido. Por ejemplo, decía «Cerraré la ventana»; ella saltaba a abrirla; y él: «Muchas gracias, así me gusta, que me obedezcan». «¡Mentiroso! ¡Dijiste que la cierre, y yo la abrí!» «Es que en realidad quería que la abrieras, porque tengo mucho calor. Si te hubiera dicho que la abrieras no la habrías abierto, ¿no? Pero como te conozco, te dije que la cerraras, y conseguí lo que quería. ¿Viste cómo siempre caés en la trampa, esclavita?» Y se reía, muy satisfecho. Ella: «¡Mentiroso! ¡Peleador! ¡Yo hago lo que quiero!» Él, dando el golpe de gracia: «¿Quieres una prueba? La ventana estaba cerrada.» Eso era indiscutible, y ella se retorció de furia impotente.

Así era siempre. Se le ocurrían los trucos más ingeniosos y oportunos, y a pesar de la maldad que presidía estas operaciones, el resto de la familia no podía menos que admirar sus recursos. «¡Lástima que no usara su inteligencia para algo más provechoso!» Pero se resignaban pensando que eran niños, y que todo eso quedaría en juegos sin consecuencia.

Y así fue, salvo que una vez estuvo a punto de pasar algo grave. La niña estaba poniendo la mesa del comedor, para el almuerzo familiar. Lo hacía por ayudar a la madre, y porque le gustaba hacerlo. Apareció el hermano, que siempre andaba a la busca de ocasiones de provocación: «Ponga la mesa, que tengo ganas de comer. Muy bien, muy bien, así me gusta, que me obedezca.» Esto era demasiado burdo para resultar ofensivo, y ella lo oyó como quien oye llover. Apenas una mueca de desdén, y siguió su trabajo como si tal cosa. Lo hacía muy a conciencia, poniendo cada cosa en su lugar como le habían enseñado. El hermano se quedó mirando, y, como era casi fatal, se le ocurrió algo. Se sentó en la silla de la cabecera más alejada de la puerta de la cocina, el lugar del padre, adoptó una postura dominante, de soberanía relajada, los ojitos entrecerrados, clavados en ella, la cabeza echada hacia atrás... Con eso solo ya había logrado que su hermana perdiera naturalidad; al sentirse observada, sus movimientos se habían hecho más rígidos y maquinales. Él esperó unos segundos, apenas lo necesario para entrar en el ritmo del trabajo, y empezó a dar órdenes. Eran órdenes a posteriori: ella ponía un plato en su lugar, él decía: «Ponga ese plato»; un tenedor: «Ahora ponga el tenedor», un vaso: «Coloque el vaso en su lugar». La niña quiso burlarlo: tomaba un plato, hacía el gesto de ponerlo en su lugar, y no bien él

decía «Ponga ese plato» ella lo devolvía a la pila y ponía un cuchillo o una servilleta. Pero él, sin inmutarse, acompañaba con implacables contraórdenes cada movimiento: «No, me arrepentí, mejor ponga primero el cuchillo... se me antoja que antes ponga en su lugar la servilleta...» Ella ponía un vaso: «Ponga ese vaso»; ella lo sacaba y lo llevaba de vuelta al aparador: «Saque ese vaso y llévelo al aparador... Así me gusta, que obedezca al amo». La pobre chica no podía ganar nunca. No importaba que pusiera la vajilla y los cubiertos en el orden en que quisiera y donde quisiera; las órdenes, aunque vinieran a la zaga de los hechos, creaban una atmósfera de compulsión que la envolvía por todas partes. Sus detenciones, cambios de ritmo y de dirección, los mil trucos que inventaba sobre la marcha para burlar esa fatalidad, no hacían más que acentuar su sensación de marioneta movida por un poder inescapable. Él saboreaba su triunfo, se hacía cada vez más virtuoso en el juego, le sobraba tiempo para intercalar comentarios autosatisfechos: «Qué buenas vienen las esclavas últimamente... No, esa cuchara al otro lado, no, mejor donde estaba antes... ¡Muy bien! Qué dóciles las negritas esclavas que traemos de la selva...» Despatarrado, con una pierna pasada por sobre el brazo de la silla, acompañaba las órdenes con gestos lánguidos de monarca oriental, y fumaba un cigarro imaginario para completar la figura de potentado. Exageraba la gracia algo maricona de sus movimientos para hacerla contrastar, gloriosa, con el automatismo desesperado que dominaba a su hermana.

«Ese tenedor, ahí... No, cambié de idea, al otro lado... No, mejor se me antoja donde estaba antes... Mejor lo dejamos para después... No, lo ponemos y listo, ahí, justamente, gracias, sirvienta...»

Pero ese tenedor tenía otro destino. A la pobre marioneta «esclavita», en el colmo de la angustia, se le ocurrió el único sitio donde su «amo» nunca le ordenaría ponerlo: se lo lanzó. Si lo hubiera pensado fríamente, habría llegado a la conclusión de que era lo único que le quedaba por hacer. Pero no lo pensó. Lo arrojó en un impulso ciego de furia.

Y pasó algo que volvió memorable el episodio. El tenedor se clavó en la mejilla del «amo», con tanta fuerza que quedó horizontal, temblando sus cuatro puntas incrustadas en el hueso del pómulos, justo abajo del ojo izquierdo. La madre, que acudió atraída por los gritos, tuvo que tomar con una mano la cabeza del hijo, empujando la frente con la base de la palma, y tirar con la otra del tenedor para desprenderlo.

«Un centímetro más arriba, y lo dejaba tuerto», era el comentario obligado, que a mí me parecía banal. Lo asociaba con lo del «ojo del amo». Prefería pensar en el instante previo al impacto: el tenedor dando vueltas en el aire sobre la mesa, como en el circo... Era la casualidad, por supuesto. Si ella hubiera querido hacerlo, aun probando mil veces (yo probé) no habría podido. ¡Y con un tenedor, no con un cuchillo! ¿Por qué en el circo no lo hacían con tenedores?

Sea como sea, esa vez no hubo orden retrospectiva, y ella triunfó. Lo cual no

disminuía a mis ojos el triunfo anterior de él. Yo podía entenderlo y apreciarlo plenamente, como cualquier chico al que le contaran esta historia. A la vez, los dos habían fracasado: ella por verse obligada a salir de las reglas del juego; él, porque su manipulación del tiempo había encontrado el límite de su propio cuerpo haciendo de barrera insuperable entre pasado y futuro.

¿No era todo así? ¿No fue así el peronismo? ¿La legislación social? «El aguinaldo, muy bien, póngalo en diciembre.» «Ahora las vacaciones pagas, un hotel sindical en la playa... No, mejor en las sierras. Así, perfecto.» La comunidad organizada.

Desde que el peronismo quedó en el pasado, mi madre se hizo antiperonista virulenta. No creo que haya sido la única. El «hecho maldito» de la burguesía argentina afectó a los que no eran burgueses bajo la forma del tiempo. Es el tiempo el que pone en marcha la dialéctica amo-esclavo, invirtiéndola (la dialéctica no se pone en marcha sino con una inversión). De ahí debe de venir lo de «la vida al revés». Con esta expresión, creo que mi padre se refería a la invención de una mujer estéril. En la vida al derecho, ¿para qué inventarla?

La «vida al revés» no es exactamente lo mismo que el «mundo al revés». Éste es más banal, y tuve abundancia de ejemplos donde observarlo. Uno de aquella época, que me dejó un recuerdo muy claro, sucedió en casa de mi amigo L., un compañero de escuela con el que fuimos inseparables un tiempo. Era hijo único él también, pero con una justificación que lo cambiaba todo: era huérfano, su padre había muerto, clausurando la posibilidad de los hermanos. En contraste, nuestros padres vivos tomaban una figura de serena abstención; no querían tener más hijos; el muerto, no podía tenerlos aunque quisiera. En la fantasía, había un cambio de roles: el muerto se mostraba más activo (si viviera, tendría hijos), los vivos más pasivos. Complementaria con ésta, había otra diferencia: L. pertenecía a la clase media. Para mí, estaba en otro mundo. Los huérfanos ya de por sí tienen un aura romántica; es como si a ellos les hubiera pasado lo impensable, que por impensable no puede pasar en la realidad. Vivía con su madre en una casa moderna a la vuelta de la mía; yo nunca perdí un sentimiento un tanto vertiginoso cada vez que entraba, aunque en esa época lo hacía todos los días. Fue la única casa de clase media que visité en mi infancia, por eso me quedó como un paradigma. Por comentarios de mis padres, y por lo que puedo reconstruir ahora, sé que debían de vivir bastante ajustados, de alguna pequeña renta que había dejado el difunto, pero para mí eran ricos. No necesitaba examinar su cuenta de gastos: me lo decía la casa, y más aún el carácter, el estilo, de L., su despreocupación, su libertad. La casa tenía en el centro una gran sala con una mesa enorme en la que hacíamos los deberes, a la luz que entraba por las puertas ventana al patio. Esa luz, constante, excesiva, fue la señal con la que quedó marcada la casa en mi recuerdo.

La madre se llamaba Elena, pasaba gran parte del tiempo en casa de su propia madre, en un sector alejado del pueblo. Tenía dos hermanas solteras, quizás su

tragedia las había disuadido de casarse. Era alta, corpulenta, rubia, prematuramente canosa. Cuando estaba en casa, era porque la visitaba alguna amiga, con las que a veces jugaba a la canasta. Una de sus amigas era la Marta Coco, profesora de música en mi escuela, gorda, enérgica, simpática, fumadora. A mí me fascinaba, y le tenía miedo. Por suerte ella no se fijaba en mí, creo que nunca me dirigió la palabra, no debe de haber registrado mi existencia siquiera. Hoy sé que la Marta Coco era lesbiana, entonces era una señora como todas las demás. Era soltera, vivía con la madre y un hermano discapacitado.

Una vez, L. y yo estábamos haciendo los deberes sentados a la mesa, las dos amigas vinieron a sentarse también, en la otra punta, cargadas con lo que me parecieron unos grandes libros de contabilidad, y cajas... Eran sus álbumes de filatelia. En realidad no suyos, sino de sus respectivos muertos: el marido de Elena, el padre de Marta. Parte del culto a los muertos era conservar y ampliar esas colecciones, que para ellos habían sido tan importantes. Esta reunión era, según pude colegir de su charla muy animada, para revisar los álbumes de sellos argentinos e intercambiar repetidos. Eran bastante sistemáticas. Las dos tenían los catálogos de Yvert-Tellier (Marta los complementaba con el especializado de Petrovich) y los manipulaban con destreza. Se habían concentrado en determinadas series, que empezaron a desplegar sobre la mesa, como un dominó o un rompecabezas, sacándolas de las cajas donde tenían las repetidas, remitiéndose todo el tiempo a los álbumes abiertos o a los catálogos, por cuestiones de orden, fechas, valor, impresión... De pronto comprendí que se trataba de la serie de Evita, de 1952, en la que aparece de perfil y de frente, que es muy difícil de llenar por las variantes; son cuarenta estampillas básicas, pero de cada valor hay una en papel nacional, una en papel importado, en cada una de éstas una en *offset* y una en huecograbado, con inscripción y sin inscripción (es decir con o sin las palabras EVA PERÓN), parejas sin dentar, doble impresión, y en la de cincuenta centavos color castaño un raro error: la impresión hecha sobre la goma. También está, con el mismo dibujo, la de 1954, segundo aniversario, en tres variedades. Con exclamaciones de satisfacción cuando llenaban un hueco, o intrigadas cuando no coincidía un color o el tamaño de un dentado, muy concentradas, se dieron el gusto de «completarlas». Todos los coleccionistas se empeñan en completar sus colecciones, sean de lo que sean, y en ese empeño los auxilia la Historia, que recorta el universo en series discretas. En este caso, no existía la posibilidad de que la serie se reabriera, después de la Libertadora. Se contaba la anécdota, muy poética, de una carta demorada que había llegado años después a su destinatario (años después del 55), con la estampilla de Evita, como la luz de una estrella que llega a la Tierra después de su extinción. Al fin, Marta resumió el trabajo, y le dio un sentido, con una frase: «Es lo único que podemos hacer por la pobre». Sus muertos les habían dejado a ellas el mandato de completar la colección, pero al mismo tiempo Evita, que también había muerto, imponía su propio mandato. La frase me impresionó, y corrí a repetírsela, textualmente, a mi madre. «Inmundas

peronistas», fue el comentario. Era un caso de mundo al revés: la clase media peronista. Ahora bien, como el mundo lo abarca todo, dentro de él también la vida estaba al revés, como era el caso del padre muerto.

El caso de mi amigo L. parecía confirmar la leyenda de que los hijos varones eran «hijos de la madre», las hijas mujeres, del padre... No era una leyenda en realidad; me parece que eso fue una interpretación mía; lo que se decía era que los varones se parecían a la madre (es decir eran «hijos de la madre»), las mujeres al padre. Yo lo entendí en sentido literal, y exclusivo. Siendo así, como todos éramos hijos varones, los padres en general se hacían redundantes. De ahí debo de haber sacado la idea de que mi padre era bígamo; no le quedaba otra posibilidad, si quería cumplir con su función reproductiva. Y a pesar de lo que dijeran las brujas de las vecinas, no era contradictoria su adoración de la Virgen, porque Ella era el modelo de la maternidad a solas del Hijo varón. Para ser coherente, el hombre tenía que ausentarse, volverse un extraño. Quizás mi padre se refería a esa curiosa condena al hablar de «la vida al revés». Quizás no. Quizás era el camino de vuelta en el tiempo que debía hacer para llegar a encontrarme a mí, al hijo perdido en la madre. Pero desvarió. Me he pasado la vida tratando de entender esa fórmula tan simple y lapidaria, «la vida al revés». Le he dado mil explicaciones, y ninguna me convence del todo.

«La vida al revés» me hace pensar también en esos animalitos que se cuelgan de las ramas de los árboles para dormir, o para vivir. Es algo inhumano (quizás mi padre se refería a eso, después de todo), pero sólo cuando se lo considera desde el punto de vista de lo humano. Los animales son distintos de nosotros, su historia es distinta, su biología, su química. Hablar de «sus costumbres» ya es una interpolación de lo humano.

Hubo un episodio bastante poético, aunque me hizo quedar como un pequeño idiota, relacionado con el más raro de esos animales: el bicho canasto. Es un ser que ya no existe. Se debe de haber extinguido, cosa que me parece muy verosímil, casi necesaria. No tanto por la eficacia, nula, con que se lo combatía (habría sido un caso único de triunfo del hombre sobre una plaga) como porque era demasiado complicado e inverosímil como para ganarle al tiempo. Era una especie de gusano gordo, del tamaño de un dedo, que se envolvía en un canastillo en forma de cucurucho tejido con ramitas y pedazos de hojas. Se volvía indestructible. Las veces que intenté desarmar uno fracasé, porque no estaba meramente tejido sino pegado, con una goma que segregaba él mismo, y era de tal adherencia que se volvía una sola cosa. En realidad al gusano no se lo veía nunca, no salía nunca del cucurucho, que colgaba de las ramas de los árboles. ¿Cabeza abajo o cabeza arriba? Quién sabe. Hasta que pasó lo que voy a contar yo siempre había creído que se fijaban en un lugar y se quedaban ahí toda su vida; era natural pensarlo porque tenían más de vegetal que de animal.

Ya dije que en nuestro cuarto teníamos una chimenea. No la usábamos para calefacción (nunca teníamos frío) pero sí para quemar cosas, de vez en cuando.

Tiraba perfectamente bien, no producía humo ni olor, y debía de ser por eso, por el gusto de usar algo que funcionaba bien, que mi padre se tomaba el trabajo de hacer esos fuegos, porque las cosas que quemaba (hojas secas, basura, algún mueble viejo) podría haberlas quemado en una fogata en el parque, donde no faltaba espacio. Quizás, ahora que lo pienso, habría de su parte una voluntad inconsciente de hacerlo todo en nuestro espacio, en el microcosmos que nos correspondía legalmente.

Un domingo sacó la escalera (otro ejemplo: guardaba la escalera abajo de la cama, de donde sobresalía la mitad por lo menos, y teníamos que cuidarnos de no tropezar con ella: como si no tuviera otros veinte cuartos vacíos donde dejarla) y estuvo un largo rato arrancando bichos canastos de la copa del árbol del parque más cercano a nuestra puerta. Los tiraba al suelo a medida que los arrancaba, y después los juntó con un rastrillo: hicieron una pila fenomenal.

—¿Y ahora? —le dije.

—Ahora, vamos a quemarlos.

Con un balde, en sucesivos viajes, los llevó adentro, a la chimenea. Cuando estuvieron todos allí, me ordenó, con su modo brusco y nervioso, que me encargara yo de quemarlos, porque él tenía que hacer.

—¡No te preocupes, papá! Yo me hago cargo —le respondí yendo a buscar los fósforos. Él salió, como si estuviera muy apurado, sin mirarme. Oí los chirridos de la bicicleta por la galería, y después, allá lejos, la puerta de calle que se cerraba. ¿Adónde iría? Volví pensativo a la chimenea. Quemar una montaña de bichos canasto puede parecer un trabajo extraño y cruel, pero era el modo de destrucción más adecuado a esos seres crujientes y secos.

Ahora bien, yo también debía de tener algo que hacer, porque me limité a arrojar un fósforo encendido a la pila y me fui. Debía de estar apuradísimo, porque no me quedé ni siquiera para ver si se elevaba una llama. Eso explicaría mi solicitud, mi «¡no te preocupes, papá!»: seguramente quería que se fuera de una vez. Mamá tampoco estaba. La casa quedó vacía durante toda la mañana. Al mediodía, me encontraba jugando en un baldío a la vuelta cuando oí los gritos de mi madre llamándome a comer. Tenía la voz aguda y penetrante y no se hacía problemas por llenar todo el barrio con mi nombre si me necesitaba, así fuera por el más trivial de los motivos. Yo la oía a varias cuadras de distancia. Al llegar, mi padre me esperaba en la puerta. Entramos juntos. Sospeché que algo no estaba bien, porque mi primera mirada fue a la chimenea. No había un solo bicho canasto, estaba limpia, blanca. Pensé que habían limpiado las cenizas, y que me reprochaban que no lo hubiera hecho yo. Empecé a murmurar una excusa, pero un sexto sentido me advirtió que me convenía callar. El almuerzo transcurrió en silencio. La atmósfera estaba envenenada. Yo me preguntaba: «¿Tan grave es? ¿No saben perdonar?» Fui a tirarme a la cama...

Entonces los vi. Estaban todos en el techo, colgados del yeso blanco del cielo raso, altísimo, inalcanzable. Lo ocupaban todo, porque habían dejado espacios entre uno y otro, el espacio vital que les dictaba su instinto. No de un modo uniforme, sino

como dibujando una oleada, una especie de vía láctea. Eran un espectáculo asombroso, inolvidable. Todo el techo... como farolitos chinos... Habían trepado, se habían escapado, buscando lo alto.

Me invadió el terror más abyecto. Ni por un segundo pensé que mis padres no los habían visto. Y sin embargo no les habían dirigido una sola mirada, no me habían hecho una sola alusión... Me senté en la cama. Mamá lavaba los platos, papá seguía sentado escuchando la radio. ¿Simulaban? ¿Esperaban que yo soltara un grito? No me quedé a esperar la respuesta. Por suerte no me había sacado las zapatillas; ese viejo defecto mío, que tanto hacía protestar a mi madre, de tirarme en la cama con las zapatillas puestas, se revelaba providencial. Fui en línea recta a la puerta, pasando a centímetros de la espalda de papá... le habría bastado con estirar el brazo... Pero no lo hizo: fue como si renunciara a mí. Abrí la puerta, la cerré a mis espaldas sin volverme a mirar y eché a correr desesperadamente por la galería, hacia la calle... Era como si nunca fuera a volver. Los abandonaba como a dos estatuas fúnebres... Huía. Sentía que huía hacia mi propia muerte.

No me era extraña la experiencia de huir, de quemar las naves, dejarlo todo y precipitarme a lo desconocido, a empezar a construir de cero, una historia nueva... Es cierto que tenía muy poco que abandonar, pero los niños se aferran a lo que tienen, sobre todo porque todavía no lo han hecho del todo suyo, todavía están descubriendo sus mecanismos secretos. Pero yo sí, estaba dispuesto a tirarlo todo por la borda al primer aviso.

Huí, entonces... como huía siempre. Pero no fui lejos. Nunca iba lejos porque nunca salía del barrio. Nadie me lo impedía, nadie se habría enterado siquiera, pero yo no salía de un círculo de doscientos o trescientos metros alrededor de mi casa. Ese territorio lo conocía de memoria, y me bastaba. Sus misterios archiconocidos subyugaban a mi joven alma soñadora. Cuando mi madre me llevaba al centro, iba con entusiasmo, pero después lo olvidaba todo; las impresiones del resto del mundo no se adherían.

Del barrio conocía algunos detalles precisos en los que seguramente nadie se había fijado nunca, porque tenían importancia para mis juegos. Por ejemplo la línea justa en la que terminaba la edificación en las esquinas... Sabía de memoria la configuración de cada esquina: la había aprendido en la práctica de uno de los juegos que había inventado, el que llamaba para mis adentros, justamente, «el juego de las esquinas», o, para ser más preciso, «el jueguito de las esquinas»; el diminutivo indicaba de modo muy expresivo la característica secreta, privada, intraconciencia, de este juego, su razón de ser de burla o enigma para los demás, diversión inconfesable para mí...

Llegado a este punto, veo que ahora debo describir el jueguito de las esquinas, o explicarlos (en estos casos, describir es explicar). De hecho, tenía la intención de hacerlo desde hace rato, aunque me da un poco de vergüenza extenderme en algo tan pueril e impráctico, pero si no lo cuento yo, nadie lo hará, y va a morir conmigo; y

nunca se sabe si una información no puede tener alguna importancia para alguien; o bien debería decir que mi vacilación se debe a la dificultad de transmitir el mecanismo de algo tan preciso y a la vez tan inútil.

Como ya dije, el juego se jugaba en la intimidad de mi conciencia, y lo jugaba yo solo, aunque a expensas de otro. Las ocasiones se daban por casualidad, aunque a veces hacía algo por amañarlas. Básicamente, se trataba de lo siguiente: yo iba caminando por la vereda, y de pronto notaba que alguien venía caminando atrás de mí en la misma dirección, ya fuera por la misma vereda o la de enfrente. Ese otro podía ser grande o chico, conocido o desconocido: cualquiera; aunque en general todos eran más o menos conocidos. Entonces yo seguía caminando al mismo paso que traía, hasta la esquina, y doblaba; no bien quedaba oculto a la vista de mi víctima me lanzaba a correr a toda velocidad hasta el momento en que calculaba que mi víctima estaba a punto de llegar a la esquina, y entonces retomaba el mismo paso de antes de doblar. De modo que cuando el otro volvía a verme, me veía a una distancia para él inexplicable, y se preguntaba: «¿cómo puede ser?»

Lo llamo «víctima» pero ya se ve que lo victimizaba muy poco. Como máximo, y siempre que no fuera un distraído que no advertía nada, lo hacía dudar del testimonio de sus sentidos, podía hacerle sospechar de la eficacia de sus cálculos y previsiones en el campo de la realidad. La broma habría llegado a su perfecta consumación si mi víctima hubiera temido estar perdiendo la razón, o, mejor, si hubiera tenido un asomo de pánico al avizorar un derrumbe discreto de las leyes físicas, como si al doblar la esquina hubiera traspuesto la frontera de un mundo con un paradigma espaciotemporal diferente. No creo que nadie haya llegado a tanto. Era un jueguito inofensivo, aunque no se puede negar que tenía un fondo cruel. Practicándolo, yo encarnaba al «demonio burlón» que han postulado todos los filósofos.

Había una técnica para hacerlo, y yo me la tomaba muy en serio. Por lo pronto, en los tramos de marcha «visible», antes y después de la carrera, era preciso mantener una velocidad estable, lo más lenta posible pero no tanto como para que llamara la atención: normal, natural. Y la carrera debía ser lo más veloz posible. También había que contener las ganas de salir corriendo antes de haber doblado por completo en la esquina y haber quedado oculto a la mirada del otro, para lo cual se debía calcular perfectamente el ángulo de la ochava. No tenía que haber ni siquiera un «conato» de carrera, una inervación de los músculos; la experiencia me había enseñado que eso se notaba, aun de espaldas y a la distancia; al contrario, había que relajarse y pensar que uno seguiría caminando largo rato a ese paso tranquilo. Por supuesto, lo más difícil era calcular el momento en que el otro llegaba a la esquina; ese cálculo era el mismo que el otro haría después, y le fallaría. A mí no podía fallarme, pues habría sido un bochorno que me vieran corriendo; en realidad, frenaba un poco antes del instante proyectado, para asegurarme; sacrificaba un poco de «distancia de broma» para no correr ningún riesgo. Hay que recordar que todo el juego se jugaba «a ciegas», en tanto el otro iba atrás y yo no me volvía a mirarlo en ningún momento, para no

delatarme.

Me pregunto si esta descripción se entenderá. Lo ideal sería ponerle diagramas, planitos esquemáticos de la calle, de la esquina, y líneas de puntos para las trayectorias, no sólo las de los cuerpos en movimiento sino también la de la línea de visión de la víctima (se podrían usar líneas de guiones para las primeras, de puntos para las segundas). Y crucecitas con letras (A, B, A', B') para los sitios donde estaríamos en los distintos momentos del juego. En el fondo, era un juego-mapa.

Lo curioso es que a pesar de mis precauciones, y sin que nada fallara, todos percibían el truco; es decir, entendían que había un truco, que no era natural (o sobrenatural, como yo quería hacerles creer), y además veían cuál era el truco. Si eran chicos, me lo gritaban ahí mismo, «¡No me engañaste! ¡Te creés que no me di cuenta que saliste corriendo!», etc. Si eran mayores, se lo guardaban, pero tarde o temprano me lo hacían saber. Algunas señoras, madres de mis amigos, a las que creía crédulas y presa fácil de mis maniobras, me interpelaban después preguntándome «por qué me había escapado de ellas»; en general ésa era la interpretación que le daban los mayores, incapaces de captar el placer hedónico de la broma gratuita.

Antes dije que todo es alegoría. Este jueguito tiene algo de simbólico de la vida. Puede funcionar como un diagrama de un proyecto vital para un joven de pueblo. Todas las fantasías de huida, éxito y regreso siguen el mismo esquema, y se elaboran alrededor de una transmutación de la mirada vigilante de los otros: esa mirada implacable es la que hace de los pueblos una cárcel, y es de ella principalmente de la que se planea la huida, pero sólo para rescatar vengativamente esa mirada, pasados los años, como testigo de la transformación.

«Pasados los años...» En esa cláusula, tan necesaria aun para el éxito más fulminante, estaba la trampa. Porque pasados los años uno sería adulto, y lo que se habría ganado por un lado, en triunfos profesionales, en dinero, en fama, quedaría compensado por otro, en tamaño, y la figura no parecería tan lejana. Los años neutralizarían la carrera.

Es increíble la importancia que se le da al tiempo biológico, lo presente que está siempre, en esos pueblos de los que se dice que están «detenidos en el tiempo», y que efectivamente tienen su propia cronología. Es algo en lo que se piensa, es motivo de cálculos permanentes, nunca se aleja de la conciencia. Constituye un vínculo entre niños y adultos. Estos últimos, aun los más insospechables, los más serios, siempre están comunicándose con los niños por la vía de ese tema. Recuerdo que una vez aquel señor razonable que hablaba en la oficina del contador sobre la educación de los jóvenes, me hizo un planteo en ese sentido. Me preguntó cuántos años tenía; se lo dije; supongamos que fueran ocho.

—¿Ocho años? ¿Cumpliste ocho?

—Sí.

—Entonces, tenés nueve. —Yo debí de poner cara de extrañeza, porque se explicó—: Tenés ocho cumplidos, nueve sin cumplir. Pero si no entrás en detalles,

que en realidad nadie te pide, podés decir perfectamente «tengo nueve». Los ocho ya los cumpliste, que es como decir que ya los tuviste, y ahora «tenés» nueve. —Me guiñaba el ojo, cómplice, quizás secretamente ansioso porque yo entendiera su razonamiento; no debo de haberlo defraudado porque yo era un chico despierto, y, pueblerino también, el asunto me importaba. Aun así, me lo repitió, se aseguró de que yo captara la idea. Para él era importante, seguramente se tomaba el trabajo de difundir su ocurrencia como una Buena Nueva entre todos los chicos del pueblo con los que hablaba.

Conmigo no tuvo tanto éxito, porque empecé a perder de vista el futuro; cada vez más mi vida se limitaba al presente, bajo la forma del entorno inmediato. Podía callejear todo el día, pero sin salir del círculo que alcanzaba la voz de mi madre llamándome: creo que siempre estaba esperando, o temiendo, que me necesitara para darme una noticia urgente, para hacerme una revelación portentosa. Esa expectativa creaba un presente inviolable, del que ni soñaba con extraerme. Me había hecho muy sensible a la fragilidad inherente a la institución familiar. Quería «estar presente» cuando sucedieran las cosas, no tanto por curioso o entrometido, ni mucho menos por creer que mi presencia podía evitar una catástrofe, sino porque me había convencido de que si no lo veía con mis propios ojos nadie podría hacerme un buen relato. Y sospecho que al mismo tiempo sentía oscuramente el temor de que en los sectores desconocidos del pueblo podía tropezar con la «otra familia» de mi padre, posibilidad que me helaba de horror, no sé por qué.

El paso siguiente, que di, fue volverme hacia el pasado. No como nostalgia o historia, sino como un proyecto constructivo y optimista. Ese proyecto nació, previsiblemente, el día que hice mi primera salida fuera del barrio, la primera que dejó un recuerdo y una experiencia que pueda contar. Sucedió cuando tenía diez u once años. También fue un domingo a la mañana, un domingo de primavera. En la Plaza (que estaba más allá del centro, al otro lado del pueblo) se inauguraba el Monumento a la Madre, con una ceremonia, y en la escuela la maestra nos había sugerido que asistiéramos. Hubo una incitación poderosa. Creo que nos dijo que el lunes tendríamos que escribir una redacción sobre el tema. Mi madre aprobó la idea, y me puso mi mejor ropa. Partí con dos chicos que vivían enfrente, igualmente endomingados. Mucha gente iba en el mismo rumbo, no sólo por la inauguración sino por la misa; la iglesia estaba frente a la Plaza, y los domingos a la mañana había tres misas, la de siete, la de nueve y la de once. Mis amigos, estos con los que iba, entre otros, solían ir a misa; yo no, por supuesto. La ceremonia de la Plaza tendría lugar entre dos misas. Lo que tenía de importante era que se trataba de la primera estatua que habría en Pringles. Aunque el pueblo era centenario, no tenía una sola estatua. Hasta ese momento nadie había sentido la falta... En realidad, unos pocos años atrás se había inaugurado un monumento, pero abstracto: el Monolito, al que habían llamado así a falta de otro nombre, porque era una especie de obelisco bajo (tendría unos tres metros de altura), hecho de ladrillos y revocado. Estaba en el cruce del

Boulevard 25 de Mayo y el Boulevard 13. En Pringles las calles tenían nombres y número; número tenían todas, nombre sólo las del centro, y en ese caso se usaba el nombre, no el número, que lo seguían teniendo pero oculto, para fines catastrales; cuando cesaban los nombres, hacia las afueras, se usaban los números, a la espera de un bautismo. En este caso se cruzaban dos con distinto *status*: pero la que tenía nombre, tenía nombre de número, en realidad de fecha. El Monolito lo había donado al pueblo el Rotary Club; era muy simple, muy geométrico, pero tenía unos símbolos extraños, de sociedad secreta. Pese a ellos, nadie diría que el Monolito era una estatua, de modo que nadie le disputaría a ésta de la Madre su condición inaugural.

Cuando llegábamos, unos cincuenta metros antes de la Plaza, vinieron de ella corriendo a recibirnos dos chicos que conocíamos, de nuestra escuela, que por lo visto estaban desde hacía un buen rato. Habían estado esperando en la esquina, atisbando con ansiedad la llegada de conocidos, y no podían esperar a que hiciéramos ese último tramo: vinieron a nuestro encuentro corriendo a toda velocidad, y ya de lejos empezaban a decirnos algo... pero no podían hablar por la risa, se ahogaban, no podían terminar ninguna palabra, tan incontenibles eran las carcajadas. Nosotros sonreíamos con incomodidad, queríamos compartir la alegría pero no entendíamos. Mientras tanto seguíamos caminando hacia la Plaza, y poco a poco fuimos comprendiendo que el motivo de las risas era la estatua, que estaba ahí nomás, muy cerca de la esquina. Ellos nos arrastraban hacia allí, siempre frenéticos de hilaridad, «tentados», intercalando como podían unos prometedores «ya van a ver»...

La estatua en sí era un verdadero anticlímax. Hasta a mí, que en mi vida había visto una estatua, me pareció un *déjà-vu*. Sobre un pedestal muy vulgar de granito rojo, una madre amamantando a un bebé, en tamaño un poco mayor que el natural. Era de cemento blanco, y parecía haber sido hecha con un molde, sobre todo por la pose clásica, exactamente igual a la de una estampilla. Había bastante gente en ese sector de la Plaza, y en la vereda de la Iglesia, enfrente, pero nadie le prestaba atención a la estatua, y a juzgar por las maniobras a las que se habían librado nuestros amigos risueños, nadie la había estado vigilando.

Pero justo en ese momento una familia se detenía a mirarla, y nuestros guías tuvieron que tascar el freno, con la mayor dificultad tanta era su impaciencia. Mientras tanto, lograron hacernos entender cuál era el chiste... Era difícil captarlo, no sólo porque los interrumpía demasiado la risa, sino porque era demasiado inefable para que pudiera transmitirse con palabras; era de esas cosas que hay que experimentar para entender (y por eso, justamente, querían hacer la prueba con nosotros). Al parecer, se habían trepado al pedestal y le habían apoyado la punta de un dedo en la teta a la Madre, a la vez que decían «cu-cú» o algo por el estilo. Nada más que eso. No se necesitaba más, porque era infinitamente cómico. La risa... la misma risa que los ahogaba y los retorció cuando intentaban contarlo... brotaba automática, imparable... Cu-cú... Lo más cómico del mundo. «¡Ahora van a ver!» No se podía creer, o mejor dicho: había que verlo para creerlo... De ahí su

entusiasmo, la ansiedad con la que habían ido a la esquina a esperarnos, a esperar a cualquier conocido con el que compartir ese prodigio. Como todo descubridor, se salían de la vaina por difundir los nuevos mundos que habían dado a luz. Lo habían descubierto por casualidad, haciendo una broma idiota, sin objeto; pero es el modo en que se hacen los grandes descubrimientos.

Al final los molestos testigos siguieron de largo. Ágil como un mono, uno de nuestros amigos saltó al granito rojo y puso el dedo en el preciso punto de la teta, diciendo «cu-cú»... Para su inmensa sorpresa, no pasó nada. Probó otra vez: cu-cú. Probó con la otra mano, cambió de postura, se afirmó mejor, empezó de nuevo... Una magia poderosa, quizás la misma de antes pero cambiada de signo, impedía la risa. Hasta la sonrisa empezaba a borrarse.

—Qué raro —dijo mirando al otro, que estaba tan perplejo como él—. A ver si vos...

Bajó, cediéndole el lugar. El otro subió, pero sin convicción; algo le anticipaba que no funcionaría; y en efecto, puso el dedo, «cu-cú», y no, la máquina se había descompuesto. Era como una fatalidad, y por eso mismo no lo podían aceptar, se exprimían el cerebro buscando una explicación.

—Cómo puede ser... No sé qué pasará. Hace un rato... le tocábamos la teta... — No había nada que hacerle: ya ni contarle les causaba gracia. La risa se había extinguido. Sugerí que dejáramos pasar un rato, para ver si volvía a cargarse. Ni me escucharon. La situación se había hecho un tanto ridícula, seguir probando equivalía a entrar en un infinito de oprobio, la estatua misma tomaba un tinte deprimente.

Nos separamos. Yo quise dar una vuelta, apreciando un paisaje virtualmente nuevo para mí. Ya dije que era una mañana de primavera, soleada y perfecta. De pronto, extrayéndome de la máquina infernal de la Madre, tenía mucho para ver. La Plaza de Pringles es uno de los complejos arquitectónicos más notables del país, la obra maestra de Salamone, uno de esos genios cuyo legado se magnifica con el paso del tiempo y el recambio de las generaciones.

Francisco Salamone (1897-1959) fue un arquitecto de formación modernista. Estudió en Córdoba, y fue ingeniero además de arquitecto. En 1936 el gobernador Fresco, caudillo conservador de iniciativas monárquicas y vastos recursos económicos, comisionó a Salamone para el diseño y construcción de edificios públicos en la provincia de Buenos Aires, y al parecer le dio carta blanca para la realización de sus proyectos. En unos pocos años (menos de cinco) de actividad febril, se levantaron palacios municipales, mataderos y cementerios en Pellegrini, Guaminí, Tornquist, Laprida, Rauch, Carhué, Vedia, Azul, Balcarce, Laprida, Saliqueló, Tres Lomas, Saldungaray, Urdampilleta, Puán, Navarro, Cacharí, Chillar, Pirovano, y Pringles. Domina en ellos una mezcla de *art déco* y monumentalidad mussoliniana, sin desdeñar los toques asirios, egipcios, futuristas y oníricos. En algunos pocos casos el diseño no se limitó al edificio sino que abarcó complejos paisajísticos, y de éstos el más acabado es el de Pringles. La Plaza ocupa dos

manzanas, con un amplio óvalo en el medio donde se alza el Palacio, que es el más grande y hermoso de los firmados por Salamone. Los módulos estilísticos de su masa colosal se repiten en los faroles, bancos, pérgolas y fuentes de la Plaza, así como en el embaldosado de sus veredas. También la plantación fue dirigida por el artista, y se utilizaron rarísimas especies hiperbóreas que según la leyenda del pueblo se extinguieron o degeneraron en sus lugares de origen y quedaron como especímenes únicos en Pringles. La excepción a este exotismo fueron los elegantes tilos que en doble fila flanquean las veredas perimetrales.

Algunos estudiosos de este conjunto han dicho que en razón de su coherencia, de sus ecos formales a distancia, que crean una suerte de relato espacial continuo, y de la inventiva ficcional del estilo, Salamone se anticipó a los parques temáticos, el primero y más famoso de los cuales aparecería en California muchos años después. Puede imaginarse entonces el maravillado estupor con el que yo redescubría el prodigio aquella mañana de domingo. En las fuentes, delgadas carpas rojas giraban suspendidas en un agua invisible. Estuve largo rato contemplándolas, y cuando alcé la vista a la torre cuadrada del palacio sentí que era imposible soportar tanta belleza.

Empezaba a recordar... Yo había estado allí antes. Vaya si había estado... Antes venía con frecuencia, era mi paseo favorito. Pero hacía tanto tiempo... Cuando uno es chico, el cálculo del tiempo es diferente. ¿Qué podía significar un recuerdo lejano en un chico de diez años? En una vida tan pequeña no cabían las grandes extensiones de la nostalgia, así que no tenía más remedio que pensar que había sido otra vida. Pero en mi conciencia actuaba un vigoroso tabú contra los significados oscuros de «otra vida», así que la hacía «la misma» vida, mi única vida, que ganaba dimensiones extrañas, se estiraba hacia lo desconocido... Así fue como empecé a valorar las posibilidades del pasado: caja fuerte inviolable donde todos mis secretos estaban a salvo, y cavidad virtual en la que podía acumular tesoros sin fin, que estaban disponibles y sólo había que tomar. Sentí, en un clímax de poder, que hasta la Amnesia, el monstruo de formato más imprevisible, podía caber en esos continentes blandos. El hilo de Ariadna, el rastro de miguitas de pan, para no perderme en mi cámara de maravillas, era el Estilo; y la Plaza estaba toda hecha de Estilo.

A la Plaza, empezaba a reconocerla, y a reconstruir las circunstancias que me habían traído aquí en otra época.

Había sido muy chico entonces: tres años, cuatro... Era antes de empezar la escuela. Me traía mi padre en la bicicleta, sentado en el caño. Un simple cálculo de fechas indicaba que eso tuvo que ser en la época en que él era todavía electricista municipal, y la luz de Pringles estaba a su cargo. En ese caso, estaría demasiado ocupado para permitirse esos paseos con su hijo (un juguete nuevo todavía otro día que no fuera el domingo; y más precisamente el domingo a la mañana, porque después debía encender las luces de las calles para las que no había domingos ni feriados. De modo que había sido como estaba siendo en este momento, el mismo día a la misma hora. Esa repetición acentuaba la eternidad de la Plaza; me pareció muy

significativo que yo volviera, por primera vez, justo cuando se inauguraba el monumento a la Madre, la primera intrusión que se atrevía a romper la unidad artística del lugar, si bien en forma discreta, en un rincón, oculta por un hermoso pino azul...

¿Y por qué venía aquí mi padre los domingos a la mañana? De una cosa iba saliendo otra, eso es lo bueno de la memoria. Al responder a esa pregunta podía hacer una especificación temporal más: eran los domingos de primavera. El recuerdo me iba acercando en una progresión infinitesimal al presente... Venía a cortar florcitas de tilo, esos manojos estrellados amarillos con los que llenábamos una bolsa. Tomé por una de las veredas, con sus franjas de baldosas azules y blancas en zigzag, y creía verme, años atrás, en ese preciso lugar, correteando atrás de mi padre, tambaleándome sobre mis piernas regordetas de criatura, sosteniendo la bolsa, ansioso por ayudar, como siempre... Aunque no era alto, él llegaba a las ramas bajas sin necesidad de la escalera, que en estas excursiones no traía. Los tilos eran pequeños, casi árboles en miniatura; ahora yo podía tocar las hojas, estirando el brazo; entonces me parecerían altísimos.

Mi padre también me debía parecer altísimo, un gigante. Pero un gigante bueno, al que perseguía en busca de protección. Ni siquiera sus nervios siempre de punta, sus estallidos de cólera, me resultaban amenazantes, quizás porque no me amenazaban a mí. Todavía estábamos en la «luna de miel» de padre e hijo, del padre y su primer hijo. Quizás él no había descartado el proyecto de tener más. El peronismo todavía era una materia en fusión, proteica: no había nada definitivo todavía. Y él, no puedo ocultármelo, estaba en una posición especial. Había tenido el valor de casarse por amor con una mujer que no era normal. Y no contento con eso, se había atrevido a tener descendencia, a «encargar». Del vientre de mi madre podía salir cualquier cosa, por ejemplo un monstruo. Ese lapso de espera debió de ser un tormento para él; quizás fue ahí que sus nervios se echaron a perder. Yo salí normal, pero jugarse por segunda vez, volver a probar con la lotería genética, con datos tan inquietantes, tuvo que renovar sus temores. Era una decisión difícil. Además, a aquella tierna edad, la que yo tenía cuando me traía a la Plaza, mi normalidad seguía a prueba. Las criaturas son de por sí una especie de pequeños monstruos; podía quedarme enano, podía necesitar anteojos... Es posible que ésa fuera la causa por la que me llevaba de paseo en la bicicleta y me tenía a su lado en todos sus momentos libres: para vigilarme. El plasma, como el peronismo, era imprevisible y proteico. Después, pasaron los años, crecí normal, y vino la Revolución Libertadora, clausurando para siempre la perspectiva de darme un hermano.

Todo aquello me parecía tan lejano, tan distinto... ¿Qué había pasado, para que cambiáramos tanto? Si todo seguía igual... De hecho, parecía demasiado igual. Sentí una nostalgia del tiempo, que los relatos espaciales de la Plaza hacían inalcanzable como un cielo. Ya no era el niño que acompañaba a su papá a cortar flores de tilo, y sin embargo seguía siéndolo. Había algo que parecía estar al alcance de la mano, y un

trabajo bien hecho podía hacer posible que lo alcanzara y desprendiera, como un fruto maduro... Me propuse recuperar aquel viejo yo.



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.